

LA ESENCIA DEL FASCISMO



GIORGIO LOCCHI

TIZONA

PRÓLOGO

En este conciso trabajo hermenéutico, Giorgio Locchi arroja luz sobre uno de los fenómenos políticos más característicos de la historia contemporánea: el Fascismo. Alejado de prejuicios dogmáticos y de esquematismos doctrinarios, ubica a dicho movimiento en relación directa con la historia de las ideas políticas y su papel en la lucha contra el sistema imperante.

Trascendiendo incluso la mirada de algunos llamados fascistas fragmentarios a veces, cómplices otras, intenta el autor proveer los elementos teóricos, metodológicos y prácticos para una comprensión en profundidad de este fenómeno universal. Ubica el germen de la idea fascista en el siglo pasado, gestado por los flujos y reflujos de la historia de Europa en general y del pueblo alemán en particular. Según Locchi: “El llamado fenómeno fascista” no es otra cosa que la primera manifestación política de un vasto acontecer espiritual y cultural al que llamaremos “superhumanismo”, cuyas raíces están en la segunda mitad del siglo XIV”.

Para Giorgio Locchi, lo que justamente la historiografía contemporánea ha olvidado, cuando no tergiversado, es el abrochamiento del movimiento fascista, su doctrina, sus principios, su mística y su estética, con los grandes movimientos culturales y filosóficos del siglo pasado.

El fascismo en tanto filosofía negativa, y aquí concuerda con Adriano Romualdi, se articula raigalmente con el pensamiento de Friedrich Nietzsche y su conocida metafísica de la voluntad. En la relación de Nietzsche contra la debilidad de la moral judeocristiana y el despotismo de la razón y del cientificismo en donde hay que buscar el origen y fundamento de la idea fascista, y hacia allí dirige Giorgio Locchi su mirada. En el siglo pasado, Nietzsche buscó trascender la falsa seguridad asentada en los valores de la moral indicada, así como en la filosofía de Platón y Sócrates, en donde veía el verdadero germen de la decadencia del hombre occidental.

Así es como se propone la tarea de derrumbar dos mil años de moral basados en ese dogmatismo y abrir el camino para la moral del hombre nuevo. Encontró en las leyes de la naturaleza la pura voluntad Schopenhaueriana e imaginó un hombre nuevo a imagen y semejanza de esa libertad cósmica. La resignación moral representaba la muerte de la pasión humana de sus rasgos más vitales; de allí que el mismo Nietzsche dijera: “Es hostil a la vida”.

Temía que esa moral conjuntamente con una razón ya viciada desde los orígenes domesticara por completo el alma del pueblo alemán. Esperaba ver surgir del seno del pueblo el artista poseído por la embriaguez antes que al científico obsesionado por el

cálculo. Esa embriaguez que creyó ver en la música de Richard Wagner, creación que realizaba la síntesis conciliadora entre lo apolíneo y lo dionisiaco.

Toda la articulación mitológica que encierra la música wagneriana lo ponía nuevamente en contacto con la tragedia griega. Este drama musical en su conjunto, era la vía regia para una total revalorización estética y ética en armonía con la metafísica y la voluntad Schopenhaueriana.

Este encuentro de Wagner con Nietzsche abría el camino hacia una nueva estética y una moral sin dogmas, y éste es, evidentemente, un punto de anudamiento decisivo con la Weltanschauung del fascismo, porque también halló tal idea en el arte y la moral el grado más alto de exaltación de la vida.

Probablemente allí habrá que buscar el fundamento ontológico del Fascismo con su nuevo mensaje y sus nuevos mitos. El guerrero enfrentado al usurero, el trabajador al especulador, el vivir peligrosamente la existencia basada en las leyes de la naturaleza y no desde el racionalismo, la idea orgánica de la representación funcional en contraposición a la numérica y abstracta, la Nación como unidad de destino en lo universal, el Estado ético frente al Estado neutro, la solidaridad como valor fundante frente al egoísmo, la comunidad organizada frente al mercado juguete de los distintos monopolios.

Todo ello terminaría generando un arquetipo, un héroe frente al hombre exitoso de la modernidad, verdadero dretitus de la sociedad industrial y de la usurocracia al decir de Ezra Pound. Allí están los mitemas fundantes de una cosmovisión que vino a implicar una rebelión despiadada contra la racionalidad moderna y sus productos culturales y políticos.

El Fascismo rompe la opción de acero, ni el lucro, del capitalismo ni la lucha de clases del marxismo serían el motor de la historia en tanto uno sería consecuencia del otro. Para el Fascismo no tiene validez el pensamiento mecanicista y especulador que supone la historia como un camino inexorable que debe recorrerse de un modo prefijado e insoslayable. No hay caminos trazados de antemano, solo la voluntad los crea, sería su consigna, parafraseando a Nietzsche.

Más allá de los puntos coincidentes metodológicos con otros movimientos políticos contemporáneos, el Fascismo representa la experiencia más radicalizada de la filosofía negativa del sistema. Fue y es el único movimiento político en la historia moderna que abroqueló el sistema en su contra, tal como se puede verificar durante el curso de la segunda guerra mundial donde codo a codo capitalistas y comunistas lo enfrentaron en nombre de la democracia.

Debe coincidir con Giorgio Locchi que es la experiencia más radicalizada por ser, justamente, un fenómeno totalizador que algunos confunden con totalitarismo por cuanto totaliza las relaciones humanas en su conjunto. en contraposición al totalitarismo

dogmático marxista leninista, que pretende alcanzar una última síntesis histórica mediante el forzamiento de la misma y de modo independiente al deseo humano. Tal unidireccionalidad obligada halla su raíz en el profetismo hebraico al trasladar al plano de las ideas el concepto de que existe un sentimiento de la historia, sentido obligado y fatal, donde el pueblo judío como pueblo elegido por Dios se le ha reservado la impronta de conducir el mundo y sus acontecimientos.

Por último, en su ensayo, Giorgio Locchi hace referencia acerca de un concepto muy en boga en estos momentos: El fin de la historia, en tanto estaríamos ante el próximo advenimiento de un orden planetario (liberal). Esto es, de una síntesis final de la historia conocida. Por ello señala acertadamente el autor que el igualitarismo hizo posible una sociedad liberal a fuerza de una represión absoluta acerca del discurso y la actividad política Fascista, empero ello no ha podido configurar la extinción de un deseo último de Fascismo aunque más no sea como horizonte de posibilidades y de alternativas del sistema.

Esta represión obligaría al Fascismo a recrear y recrearse continuamente, y en esa recreación alcanzará definitivamente su unidad y su desocultamiento (verdad). Hoy por hoy puede decirse que allí reside su riqueza y su dinámica, de allí que el sistema coincide en calificar de fascista por derecha o por izquierda - movimientos e ideas que lo hacen peligrar, sin reparar que en muchos casos los mismos son antagónicos.

En Argentina tenemos experiencia en el caso, desde las usinas culturales y políticas del régimen se calificó de tal modo al Peronismo en curiosa coincidencia de liberales e izquierdistas. Es más, durante su nacimiento al promediar la primera mitad del siglo XX, se lo enfrentó con la llamada Unión Democrática, verdadero Yalta vernáculo donde convergieron desde el entonces embajador norteamericano Braden hasta el Partido Comunista.

En suma, el presente trabajo plantea una visión novedosa al estudio del tema, máxime que omite caer como sempiternamente lo hacen los distintos trabajos elaborados, en el fácil recurso de pretender calificar la idea recurriendo al aspecto bélico o prontuarial de quienes le han defendido. Tiene una particularidad que en este caso es un mérito: es un estudio sobre el Fascismo escrito por un facista.

Ernestina Garrido

Buenos Aires. Diciembre de 1990

INTRODUCCIÓN

Pocos textos tan cortos alcanzaron a tener una trascendencia tan grande como este de Locchi que hoy sometemos al lector español. Esto nos impone la tarea de presentar a su autor y de dar alguna explicación sobre su obra.

Natural de Roma y doctor en Derecho, la vida, sin embargo, le ha apartado de su ciudad natal, pues reside habitualmente en París, y de su profesión, pues Locchi no pasará a la posteridad por sus aportaciones a la Jurisprudencia, sino por su vigoroso pensamiento filosófico y político.

Su residencia en París le ha permitido una amplia colaboración con la “Nueva Derecha” de la que, sin embargo al final, se ha apartado. Sus colaboraciones en “Nouvelle Ecole” figuran entre lo mejor que ha publicado esta revista.

Además del italiano y el francés, Giorgio Locchi es un profundo conocedor del alemán, lengua en la cual ha leído a sus dos grandes predilectos: Wagner y Nietzsche. Además del texto que ha continuación podrán estudiar los lectores, Locchi es autor de otro capital libro: “Wagner, Nietzsche e il mito sovrumano”, una profunda reflexión sobre la filosofía de la Historia y sobre como la obra de Wagner y Nietzsche crea, en el siglo pasado, una nueva “tendencia epocal”.

Hay en el texto de Locchi ciertas afirmaciones que sin duda sorprenderán al lector; la primera es, sin duda, descalificar a lo más reciente de la producción historiográfica sobre el fascismo. Expliquemos esto. Cree Locchi que hoy se pueden encontrar excelentes estudios sobre todos los aspectos y variantes del fascismo (ya sea sobre el fascismo en Brasil o sobre la política deportiva de Mussolini), pero, que todos estos estudios de detalle están haciéndonos perder la perspectiva global.

Y no es solo este problema. Hay autores, como De Felice y Mosse, que han pretendido una “desdemonización” del fascismo. En sus libros muestran a los fascistas como hombres de su época, personajes que no vomitan espuma ni se pasan el día exterminando. Esto puede, aparentemente ser bueno. Pero Locchi señala también el peligro de que todo esto comporte una “banalización” del fascismo: hacer del fascismo un simple movimiento político más y no una alternativa total al sistema.

Ejemplo paradigmático de todo esto es el caso de Renzo de Felice, a quien sus obras (en especial su monumental y por ahora , inacabada biografía de Mussolini), le han valido la acusación de “filo fascismo” de querer “rehabilitar el fascismo”. Y sin embargo De Felice es el autor que ha dado un veredicto más demoledor sobre el fascismo, al afirmar que, en definitiva, este movimiento ha desaparecido sin dejar huella histórica y sin posibilidad de reproducirse. Otra muestra de lo peligroso de las tesis de De Felice está,

por ejemplo, en su afirmación de que nacionalsocialismo y fascismo son sustancialmente distintos. Nada de esto ocurría con las obras que defiende Locchi visceralmente enemigas de todo lo que sea fascismo, que lo deforman en los detalles, pero que captan lo esencial.

Otra cosa que va a sorprender al lector es el empeño de Locchi por colocar al nacionalsocialismo en el seno de la “Konservative Revolution”. Arguye Locchi que el hecho de que el nacionalsocialismo tuviera choques más o menos fuertes con algunos de sus componentes no significa, objetivamente, nada. Sería como decir que Stalin deja de ser marxista leninista por el hecho de que expulsara y después hiciera asesinar a Trotsky.

“Hitler ha podido triunfar declaraba Locchi a Marco Tarchi¹ porque, mejor que nadie, sabía afirmar lo esencial de las tendencias históricas que animaban la “Konservative Revolution”. Los demás se perdían en lo particular, en la afirmación de tal o cual especificidad. Hitler tenía claro lo esencial, aquello que políticamente podía plasmarse en aquel momento histórico. Los actuales “neo”², escriben a veces que Hitler “traicionó” a la “Konservative Revolution”, “robándole” las ideas para deformarlas. Esto se afirma, naturalmente, en referencia a las ideas de un Junger, un Spengler, un Moeller van der Bruck, o gente así. Dejando de lado el hecho de que todos estos ilustres escritores pensaban y siempre en abstracto cosas bastante distintas y dispares y por tanto no se podía satisfacer a unos sin “traicionar” a otros, lo que aquí encontramos es el eterno contraste entre el intelectual que vive en su torre de marfil, de intransigente pureza, y el hombre de acción, el político, en permanente lucha con la realidad, con una materia bruta que se resiste siempre a las formas que se desea imponerle”.

Pero lo más notable, lo más subyugante del texto de Locchi, es hacer partícipe del fascismo de un gran movimiento, que trasciende los límites de lo político y lo coloca a un nivel muy superior. Muchas veces se ha escrito, con razón, que faltaba por hacer una interpretación fascista del fascismo. Y era cierto. La obra de Bardeche (“Qu’ est ce le fascisme”) se limita a un análisis politológico, y la obra de Evola (“Il fascismo visto della Destra”) está viciada desde su origen. Pero ya no se podrá decir lo mismo desde la aparición del libro de Locchi. El fascismo pierde, gracias a él, su carácter de anécdota de la historia.

Tarchi le dijo a Locchi: “Vd. hace del fascismo, o más bien del super humanismo, un hecho de inmensa trascendencia, un evento que parte la historia en dos”. A lo que Locchi respondió: “Yo no hago nada. Sólo hablo como historiador que observa el devenir histórico. Observo que a partir de la segunda mitad del siglo XIX se dibuja una “tendencia epocal”³ que pretende “regenerar la historia” (Wagner) o “dinamitarla” (Nietzsche) y precisamente para dividirla en dos; tendencia que pretende (“Konservative Revolution” y nacionalsocialismo) ser “advenimiento” de un nuevo “origen” de la historia, que proyecta un “Reich” milenarista que en todas sus formas políticas pretende crear un hombre nuevo. La “tendencia epocal” que así se expresa existe innegablemente. Pero que exista no significa que deba triunfar. Tendencias epocales pueden diseñarse y sin embargo desaparecer. Nietzsche y Wagner son, sin

duda, la dinamita de la historia; pero esta dinamita puede ser inútil si como ahora ocurre, el mundo entero se consagra a la tarea de apagar su mecha”.

Para Locchi nos hallamos en una época de “interregnum “, entre un periodo histórico dominado por el igualitarismo y el futuro, dominado por el superhumanismo, que traerá el hombre nuevo. Dejemos, de nuevo, hablar a Locchi: “ El fascismo desea crear el “hombre nuevo” justamente porque este hombre nuevo no existe aún macro socialmente y solo existe micro socialmente y como posibilidad, en un minoría realmente superhumanista. El fascismo, que consiguió el poder y que puede volver a él, debería enfrentarse a una realidad social que es la creada por dos mil años de igualitarismo, realidad que sólo podrá ser cambiada en virtud de una acción destructora progresiva y a la vez progresivamente reestructuradora, de algo nuevo. En el “interregnum” y estamos aún en él el proyecto social fascista no puede ser sino provisional, dirigido en primer lugar a crear la materia social misma con la que un día se construirá la verdadera “comunidad”, según el genuino proyecto, lo que desembocará algún día en la mutación definitiva, de la “material social”, es decir, en el aniquilamiento social político de las tendencias igualitaristas”.

El fascismo, pues, es todo un vasto campo ideológico que algún día acabará transformándose en la alternativa operativa al sistema. No es, por ello, cosa extraña el que en su mismo seno haya tensiones y discrepancias. Las diferencias son generadas, como dice el texto que sigue, por la menor y mayor proximidad a determinados principios. En su entrevista con Tarchi matizó, Locchi, sus ideas: “En los años veinte, treinta y cuarenta, la oposición y a veces hasta la lucha entre las varias corrientes fascistas, no solo en el plano internacional, donde cada país defendía su fascismo “nacional”, sino también en el interior de cada país, entre diversos movimientos fascistas, o en el interior de un único partido o movimiento, existió. Todo esto es perfectamente lógico y se da tanto en el campo igualitario como en el superhumanista. Debo hacer observar que el fascismo en un campo político, del mismo modo que lo es el “democratismo”, en cuyo seno se articulan y lucha diversas tendencias (liberalismo, socialdemocracia, comunismo, anarquismo). Esta articulación es bien patente en el campo de las tendencias igualitaristas, porque es el resultado de una evolución bimilenaria. En el campo fascista esta articulación (aparte de las “especificidades nacionales”), es menos neta, menos rica, se articula más bien a nivel de “sectas”, como es característico de la “fase mítica” en que haya esta tendencia”.

Locchi ha acabado por apartarse de la “Nouvelle Droite” francesa precisamente a causa de su interpretación del fascismo. “Hoy le decía a Tarchi -, según me parece, muchos “fascistas” no osan decir, por causas conocidas, su propio nombre, optando por llamarse antigualitaristas. Y este es un modo como otro de castrarse, puesto que el nombre “hace la cosa”. En si mismo “antigualitarismo” es pura negatividad y como tal entonces forma parte de la dialéctica misma del igualitarismo”. Claro que en la oposición a la “Nouvelle Droite” no hay solo un motivo lingüístico. Desde que Alain de Benoist se enganchó al carro de Giscard nuestro autor, Locchi, no ha querido saber nada más de sus antiguos

compañeros; el uso ambiguo de palabras como “antirracismo “, “antitotalitarismo”, etc..., que hace la “Nouvelle Droite” es Para Locchi , insoportable.

Para acabar, solo resta decir que lo importante, lo definitivo, lo esencial del mensaje de Locchi es situar al fascismo en una dimensión trascendente. Gracias a él, la frase de “No somos los últimos del ayer, sino los primeros del mañana”, deja de ser un eslogan efectista para convertirse en una verdad de profundo contenido.

Carlos Caballero.

NOTAS:

1 La edición italiana de “La Esencia del fascismo” iba acompañada de una larga entrevista con Marco Tarchi, de donde hemos entresacado estas citas.

2 Se refiere Locchi, obviamente, a la “Nueva Derecha”

3 La filosofía de la historia desarrollada por Locchi habla de la existencia de “tendencias epocales” que se enfrentan entre sí y que cada una de las cuales pasa por varias fases, siendo la primera de ellas, la fase mítica. Posteriormente cada tendencia epocal se va subdividiendo en una serie de sub tendencias que, a su vez, se enfrentan entre sí.

***LA ESENCIA DEL
FASCISMO***

GIORGIO LOCCHI

INTRODUCCIÓN

Pocos textos tan cortos alcanzaron a tener una trascendencia tan grande como este de Locchi que hoy sometemos el lector español. Esto nos impone la tarea de presentar a su autor y de dar alguna explicación sobre su obra.

Natural de Roma y doctor en Derecho, la vida, sin embargo, le ha apartado de su ciudad natal, pues reside habitualmente en París, y de su profesión, pues Locchi no pasará a la posteridad por sus aportaciones a la Jurisprudencia, sino por su vigoroso pensamiento filosófico y político.

Su residencia en París le ha permitido una amplia colaboración con la "Nueva Derecha" de la que, sin embargo al final, se ha apartado. Sus colaboraciones en "Nouvelle Ecole" figuran entre lo mejor que ha publicado esta revista.

Además del italiano y el francés, Giorgio Locchi es un profundo conocedor del alemán, lengua en la cual ha leído a sus dos grandes predilectos: Wagner y Nietzsche.

Además del texto que ha continuación podrán estudiar los lectores, Locchi es autor de otro capital libro: "Wagner, Nietzsche e il mito sovrumano", una profunda reflexión sobre la filosofía de la Historia y sobre como la obra de Wagner y Nietzsche crea, en el siglo pasado, una nueva "tendencia epocal".

Hay en el texto de Locchi ciertas afirmaciones que sin duda sorprenderán al lector; la primera es, sin duda, descalificar a lo más reciente de la producción historiográfica sobre el fascismo. Expliquemos esto. Cree Locchi que hoy se pueden encontrar excelentes estudios sobre todos los aspectos y variantes del fascismo (ya sea sobre el fascismo en Brasil o sobre la política deportiva de Mussolini), pero, que todos estos estudios de detalle están haciéndonos perder la perspectiva global.

Y no es solo este problema. Hay autores, como De Felice y Mosse, que han pretendido una "desdemonización" del fascismo. En sus libros muestran a los fascistas como hombres de su época, personajes que no vomitan espuma ni se pasan el día exterminando. Esto puede, aparentemente ser bueno. Pero Locchi señala también el peligro de que todo esto comporte una "banalización" del fascismo: hacer del fascismo un simple movimiento político más y no una alternativa total al sistema.

Ejemplo paradigmático de todo esto es el caso de Renzo de Felice, a quien sus obras (en especial su monumental y -por ahora -, inacabada biografía de Mussolini), le han valido la acusación de "filo-fascismo" de querer "rehabilitar el fascismo". Y sin embargo De Felice es el autor que ha dado un veredicto más demoledor sobre el fascismo, al afirmar que, en definitiva, este movimiento ha desaparecido sin dejar huella histórica y sin posibilidad de reproducirse. Otra muestra de lo peligroso de las tesis de De Felice está, por ejemplo, en su afirmación de que nacionalsocialismo y fascismo son sustancialmente distintos. Nada de esto ocurría con las obras que defiende Locchi visceralmente enemigas de todo lo que sea fascismo, que lo deforman en los detalles, pero que captan lo esencial.

Otra cosa que va a sorprender al lector es el empeño de Locchi por colocar al nacionalsocialismo en el seno de la "Konservative Revolution". Arguye Locchi que el hecho de que el nacionalsocialismo tuviera choques más o menos fuertes con algunos de sus componentes no significa, objetivamente, nada. Sería como decir que Stalin deja de ser marxista-leninista por el hecho de que expulsara y después hiciera asesinar a Trotsky.

"Hitler ha podido triunfar -declaraba Locchi a Marco Tarchi (1)- porque, mejor que nadie, sabía afirmar lo esencial de las tendencias históricas que animaban la "Konservative Revolution". Los demás se perdían en lo particular, en la afirmación de tal o cual especificidad. Hitler tenía claro lo esencial, aquello que políticamente podía plasmarse en aquel momento histórico. Los actuales "neo" (2), escriben a veces que Hitler "traicionó" a la "Konservative Revolution", "robándole" las ideas para deformarlas. Esto se afirma, naturalmente, en referencia a las ideas de un Junger, un Spengler, un Moeller van der Bruck, o gente así. Dejando de lado el hecho de que todos estos ilustres escritores pensaban -y siempre en abstracto - cosas bastante distintas y dispares y -por tanto - no se podía satisfacer a unos sin "traicionar" a otros, lo que aquí encontramos es el eterno contraste entre el intelectual que vive en su torre de marfil, de intransigente pureza, y el hombre de acción, el político, en permanente lucha con la realidad, con una materia bruta que se resiste siempre a las formas que se desea imponerle".

Pero lo más notable, lo más subyugante del texto de Locchi, es hacer partícipe del fascismo de un gran movimiento, que trasciende los límites de lo político y lo coloca a un nivel muy superior. Muchas veces se ha escrito, con razón, que faltaba por hacer una interpretación fascista del fascismo. Y era cierto. La obra de Bardeche ("Qu' est-ce le fascisme") se limita a un análisis politológico, y la obra de Evola ("Il fascismo visto della Destra") está viciada desde su origen. Pero ya no se podrá decir lo mismo desde la aparición del libro de Locchi. El fascismo pierde, gracias a él, su carácter de anécdota de la historia.

Tarchi le dijo a Locchi: "Vd. hace del fascismo, o más bien del super-humanismo, un hecho de inmensa trascendencia, un evento que parte la historia en dos". A lo que Locchi respondió: "Yo no hago nada. Sólo hablo como historiador que observa el devenir histórico. Observo que a partir de la segunda mitad del siglo XIX se dibuja una "tendencia epocal" (3) que pretende "regenerar la historia" (Wagner) o "dinamitarla" (Nietzsche) y precisamente para dividirla en dos; tendencia que pretende ("Konservative Revolution" y nacionalsocialismo) ser "advenimiento" de un nuevo "origen" de la historia, que proyecta un "Reich" milenario que en todas sus formas políticas pretende crear un hombre nuevo. La "tendencia epocal" que así se expresa existe innegablemente. Pero que exista no significa que deba triunfar. Tendencias epocales pueden diseñarse y sin embargo desaparecer. Nietzsche y Wagner son, sin duda, la dinamita de la historia; pero esta dinamita puede ser inútil si como ahora ocurre, el mundo entero se consagra a la tarea de apagar su mecha".

Para Locchi nos hallamos en una época de "interregnum ", entre un periodo histórico dominado por el igualitarismo y el futuro, dominado por el superhumanismo, que traerá el hombre nuevo. Dejemos, de nuevo, hablar a Locchi: " El fascismo desea crear el "hombre nuevo" justamente porque este hombre nuevo no existe aún macro-socialmente y solo existe micro-socialmente y como posibilidad, en un minoría realmente superhumanista. El fascismo, que consiguió el poder y que puede volver a él, debería enfrentarse a una realidad social que es la creada por dos mil años de igualitarismo, realidad que sólo podrá ser cambiada en virtud de una acción destructora progresiva y -a la vez - progresivamente reconstructora, de algo nuevo. En el "interregnum" -y estamos aún en él - el proyecto social fascista no puede ser sino provisional, dirigido en primer lugar a crear la materia social misma con la que un día se construirá la verdadera "comunidad", según el genuino proyecto, lo que desembocará algún día en la mutación definitiva, de la "material social", es decir, en el aniquilamiento social-político de las tendencias igualitaristas".

El fascismo, pues, es todo un vasto campo ideológico que algún día acabará transformándose en la alternativa operativa al sistema. No es, por ello, cosa extraña el que en su mismo seno haya tensiones y discrepancias. Las diferencias son generadas, como dice el texto que sigue, por la menor y mayor proximidad a determinados principios. En su entrevista con Tarchi matizó, Locchi, sus ideas: "En los años veinte, treinta y cuarenta, la oposición y a veces hasta la lucha entre las varias corrientes fascistas, no solo en el plano internacional, donde cada país defendía su fascismo "nacional", sino también en el interior de cada país, entre diversos movimientos fascistas, o en el interior de un único partido o movimiento, existió. Todo esto es perfectamente lógico y se da tanto en el campo igualitario como en el superhumanista. Debo hacer observar que el fascismo en un campo político, del mismo modo que lo es el "democratismo", en cuyo seno se articulan y lucha diversas tendencias (liberalismo, socialdemocracia, comunismo, anarquismo). Esta articulación es bien patente en el campo de las tendencias igualitaristas, porque es el resultado de una evolución bimilenaria. En el campo fascista esta articulación (aparte de las "especificidades nacionales"), es menos neta, menos rica, se articula más bien a nivel de "sectas", como es característico de la "fase mítica" en que halla esta tendencia".

Locchi ha acabado por apartarse de la "Nouvelle Droite" francesa precisamente a causa de su interpretación del fascismo. "Hoy -le decía a Tarchi -, según me parece, muchos "fascistas" no osan decir, por causas conocidas, su propio nombre, optando por llamarse antigualitaristas. Y este es un modo como otro de castrarse, puesto que el nombre "hace la cosa". En si mismo "antigualitarismo" es pura negatividad y -como tal - entonces forma parte de la dialéctica misma del igualitarismo". Claro que en la oposición a la "Nouvelle Droite" no hay solo un motivo lingüístico. Desde que Alain de Benoist se enganchó al carro de Giscard nuestro autor, Locchi, no ha querido saber nada más de sus antiguos compañeros; el uso ambiguo de palabras como "antirracismo ", "antitotalitarismo", etc..., que hace la "Nouvelle Droite" es -Para Locchi -, insoportable.

Para acabar, solo resta decir que lo importante, lo definitivo, lo esencial del mensaje de Locchi es situar al fascismo en una dimensión trascendente. Gracias a él, la frase de "No somos los últimos del ayer, sino los primeros del mañana", deja de ser un eslogan efectista para convertirse en una verdad de profundo contenido.

Carlos Caballero.

NOTAS:

- (1) - La edición italiana de "La Esencia del fascismo" iba acompañada de una larga entrevista con Marco Tarchi, de donde hemos entresacado estas citas.
- (2) -Se refiere Locchi, obviamente, a la "Nueva Derecha".
- (3) - La filosofía de la historia desarrollada por Locchi habla de la existencia de "tendencias epocales" que se enfrentan entre sí y que cada una de las cuales pasa por varias fases, siendo la primera de ellas, la fase mítica. Posteriormente cada tendencia epocal se va subdividiendo en una serie de sub-tendencias que, a su vez, se enfrentan entre sí.

LA ESENCIA DEL FASCISMO

El reciente reflorar de los estudios históricos sobre el "fenómeno fascista" (1), no ha comportado hasta ahora ningún progreso digno de mención e incluso está contribuyendo a oscurecer el problema, comprometiendo cuanto de válido -y era muchísimo -, se había logrado a fines de los años cincuenta. La razón no es difícil de encontrar: no se trata de un interés histórico (2) sino de un interés político partidista lo que motiva a la mayor parte de los "estudiosos", intérpretes en Italia de las angustias y preocupaciones de un sistema en crisis. La pasión política y las preocupaciones de orden "moral" han obnubilado -casi siempre- en los estudiosos del sistema fascista el espíritu de observación, paralizando sus facultades de deducción, con lo cual el "objeto" del estudio ha quedado más confuso que aclarado.

Ahora bien, también la Historia, en la medida en que desea ser ciencia, debe procurar proceder *sine ira et studio* como quería Spinoza, admitir que solo puede ser ciencia si es *wertfrei*, esto es, exenta de prejuicios de valor. El "fenómeno fascista" forma parte del pasado y, como tal, puede ser objeto de estudios históricos, es decir: desapasionados. Sin duda, el fenómeno fascista se prolonga de alguna manera en el presente -como ocurre con el resto del pasado histórico, por otra parte- y en cuanto tal, solicita una toma de posición "política", pero tal actitud debe tener lugar fuera del estudio, ya que de otra manera se arriesga a basarse en la ignorancia existente, más o menos amplia, sobre el "objeto" real.

La verdad es que hoy, treinta y cinco años después del hundimiento de los regímenes fascistas, por causas externas, el "fenómeno fascista" está presente sobre todo como fantasma de sus adversarios, y esto hasta tal punto que el actual investigador está, más que nunca, expuesto al peligro de dirigir su atención sobre el objeto puramente fantasmagórico.

En el periodo pre-bélico, bélico y en la inmediata postguerra, la presencia del fenómeno fascista, se inscribía plenamente en la realidad objetiva, y los investigadores tenían menos posibilidad de incurrir en falta a la hora de determinar la naturaleza del objeto sometido a estudio. Aún cuando suele deformarse en sus conclusiones, casi siempre se tenía la impresión de que, en realidad, habían reconocido más o menos la "verdad", incluso si a la vez se habían esforzado por distorsionarla o hasta por ocultarla, en el temor ("político") de que la verdad pudiera fascinar más que provocar rechazo.

En los últimos tres decenios, en cambio, ha sucedido que a la falsificación del discurso sobre la naturaleza del "fenómeno fascista" han concurrido fuertemente incluso aquellos que, por tradición o por instinto, hubieran estado o aún están dispuestos a reconocerse como "fascistas". Esto es perfectamente comprensible, por otra parte, ya que a partir de 1945 si el "fascismo" intenta desarrollar una acción política se ve constreñido a realizarla bajo una falsa bandera y debe, públicamente al menos, renegar de aspectos fundamentales del "discurso" fascista. cuando menos verbalmente, sacrificándolos ante los "principios" de la ideología "democrática", de idéntica manera a como, bajo el Imperio de Roma, los cristianos debían ofrecer sacrificios al César en cuanto que divinidad. Inevitablemente, esta actitud "obligada" del fascista-político ha tenido su reflejo sobre la actitud del fascista-estudioso que analiza su historia, siempre a causa de la deplorable incapacidad para reparar entre estudio histórico y actividad política. Además, la catástrofe de la "guerra perdida" ha exasperado la polémica entre las distintas expresiones nacionales del fascismo y - en el interior de los distintos fascismos nacionales- entre las varias corrientes fascistas, cada una de las cuales se reclama como

manifestación de un fascismo "bueno", prudentemente rebautizado con otro nombre y, a la vez, echa sobre otros la responsabilidad de un "mal", generalmente identificado con "formas" del fenómeno fascista que habían detentado el poder y atraído sobre sí la condena universal...

La actual proliferación de obras que tan solo aumentan la confusión y multiplican la ignorancia a propósito del fenómeno fascista hace más que nunca necesario volver a remitirse a aquellos estudios que fueron realmente serios, ya que supieron ver y discernir su objeto, incluso si quizás lo hicieron desde la perspectiva que hoy consideramos "inactual". Por cuanto concierne a obras válidas debidas a estudiosos que políticamente se sitúan en el campo adversario, es preciso señalar que son debidas generalmente a autores israelitas, muy interesados en "comprender" verdaderamente el fascismo, para mejor combatirlo. Citaremos como ejemplos típicos el ensayo "Dai Romantici ad Hitler" de Paul Viereck; el estudio fundamental de Georgy Lukacs, "La Destrusione della Ragione" (3), del que existe un compendio titulado "Von Nietzsche zu Hitler"; y también -sobre todo porque acumula una rica documentación "paralela"- el "Hitler und Nietzsche" de E. Sandvoss. Lukacs y Viereck han tenido el gran mérito de resaltar el origen primario, la "matriz" del fenómeno fascista, reencontrada en todo un importante filón de la cultura alemana y europea, si bien, después, obedeciendo a evidentes fines propagandísticos, han introducido en su discurso el leitmotiv de una especie de ruptura cualitativa entre los orígenes cultural-filosóficos (de los cuales era difícil no reconocer la importancia y nobleza) y las manifestaciones políticas heredadas en el siglo XX, caracterizadas según ellos por la incultura, la barbarie intelectual y -en último análisis - por una vulgarización del pensamiento de los "Maestros", Friedrich Nietzsche y Richard Wagner en particular.

En la postguerra está casi totalmente ausente una "reflexión histórica" válida sobre el fenómeno fascista por la fuerza de las cosas, es decir, por la simple razón que ha sido citada ya: quedó condenada a la ilegalidad o cuando menos a la intolerancia radical toda manifestación de carácter genuinamente fascista. Pero ya que la definición "legal" del fascismo solo abarca -y mal - las formas particulares y coyunturales en que se encarnó entre 1922 y 1945 en los "regímenes" donde tuvo el poder, e ignora todas las otras manifestaciones (que existieron en el mismo marco cronológico pero que quedaron comprometidas por el ejercicio del poder) así como -necesariamente - ignora todo el vasto campo cultural, filosófico, artístico que es la matriz del fascismo, se ha creado un cierto margen de libertad para aquellos autores que, aunque solo sea por exigencias "tácticas" se reclaman seguidores de las formas no incriminadas (por desconocidas) del fascismo. Largamente determinadas por estas constricciones externas, la obra de estos autores, aún para lectores que se suponen a priori como cómplices, resulta difícilmente descifrable. Aún más, al restringir la definición del "fascismo" falsifican su objeto arbitrariamente, reduciéndolo a una sola parte de él -incapaz de existir por si sola - contribuyendo a la confusión general. Es este el caso, en parte, de los trabajos "históricos" de J. Evola, cuando se los toma como tales, ya que en realidad los citados trabajos son en realidad fundamentalmente "filosóficos" o "políticos", expresión del punto- de vista de una corriente singular, ampliamente representada también entre los "volksische" de la Alemania austro-bávara, con una marcada tendencia al esoterismo y con tendencia a reducir a sí misma la definición del fascismo "válido".

Entre los estudiosos que se han reconocido fascistas o se pretendieron "neutrales" citaremos aquí, por la rara validez de sus teorías, sobre todo a Adriano Romualdi, cuya obra es, sin embargo, fragmentaria e incompleta -entre otras cosas por su muerte, aún en plena juventud - pero que tiene el mérito de ser casi la única en Italia en haber sabido

abrazar la totalidad del objeto, habiendo reconocido perfectamente la "matriz" del fenómeno fascista en el "discurso" de Nietzsche y -en fin - de haber puesto de relieve la lógica "conclusión indoeuropea" de lo que -como veremos - es la típica "Vuelta-a-los-orígenes-proyecto-de-futuro" de todos los movimientos fascistas y haber comprendido así que para el "fascista" la "nación" acaba siendo reencontrada más que en presente, en un lejano y "mítico" pasado y perseguida después en el futuro, *Land der Kinder* (Nietzsche), tierra de los hijos más que tierra de los padres (Patria, Vaterland).

Fundamental es también, pero desde un punto de vista totalmente distinto, la obra de Armin Möhler, "Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1933". Möhler centra su atención sobre todas las formas no directamente comprometidas del fascismo alemán y pone rigurosamente entre paréntesis al nacionalsocialismo, limitándose a decir lacónicamente que la Revolución Conservadora es al nacionalsocialismo lo que el trotskismo al leninismo. De hecho no hace sino poner de manifiesto la Weltbild común a todos los movimientos fascistas (en la acepción genérica del término) que prosperaron en Alemania, precisando admirablemente como en su seno se estructuraban toda una serie de Leitbilder que, al ser acentuados de una manera u otra, daban como consecuencia las distintas formas o corrientes del fascismo alemán, es decir, de la Konservative Revolution, nacionalsocialismo incluido (aunque este se halle explícitamente ausente en el discurso de Möhler). Weltbild y Leitbilder se traducen literalmente como "imagen del mundo" e "imagen guía" o "imagen conductora"; pero en realidad conviene hablar, para una mejor comprensión, de "mito" y de "mitema".

Curiosamente la obra de Möhler ha encontrado un indispensable complemento en la de un marxista francés que aplica los métodos de la lingüística estructural a la parisienne, Jean Pierre Faye, cuyo documentadísimo libro dedicado a *Les Langages Totalitaires* (4), (lo que para él equivale a fascista), colma las lagunas del libro de Möhler, insertando al nacionalsocialismo alemán y al fascismo italiano en una bien dibujada "topografía" de la Revolución Conservadora y colocando al primero en el "centro sintético" del campo conservador-revolucionario alemán. Faye, sin embargo, considera tan solo el "discurso político" inmediato de los movimientos fascistas de entonces, con sus referencias a problemas contingentes olvidando la "visión del mundo" y por lo tanto los "puntos de referencia" intelectuales.

Solamente profundizando todos los estudios que hemos citado (junto a otros del mismo tipo) se puede llegar a alcanzar una real "comprensión" del "fenómeno" fascista. No se comprende nada del "fascismo" si no se cae en la cuenta, o no se quiere admitir, que el llamado "fenómeno fascista" no es otra cosa que la primera manifestación política de un vasto fenómeno espiritual y cultural al que llamaremos "superhumanismo", cuyas raíces están en la segunda mitad del siglo XIX. Este vasto fenómeno se configura como una suerte de campo magnético en expansión, cuyos polos son Richard Wagner y Friedrich Nietzsche. La obra artística de Wagner y la obra poética-filosófica de Nietzsche han ejercido una enorme y profunda influencia sobre el ambiente cultural europeo del fin de siglo y en la primera mitad del siglo XX, tanto en sentido negativo (provocando rechazos) como en sentido positivo: inspirando a seguidores (filosóficos y artísticos) y desencadenando acciones (espirituales, religiosas y también políticas...). La obra de estos autores es, de hecho, eminentemente "agitadora"; su importancia está muchísimo más en el "principio" nuevo que introducen en el ámbito europeo que en su expresión misma y en las primeras "aplicaciones" que de estos principios se han realizado.

Por "principio" entiendo aquí el sentimiento del sí mismo y del hombre, que en cuanto se dice a sí mismo, se auto-afirma, es un "Verbo" (Logos); en cuanto que persigue un fin es "voluntad" (personal y comunitaria) y es también, inmediatamente después que sentimiento, un sistema de valores.

Lo que a través de la obra de Wagner y Nietzsche entra en circulación y se difunde, con mayor o menos fuerza, es -sobre todo - el "principio", aunque éste sea imperfectamente "captado" o reciba, a causa de su novedad, interpretaciones y "aplicaciones" inapropiadas. Por las vías más extrañas a veces subterráneas, este principio ha sido transmitido y recibido. Y es solo medio siglo después de su nacimiento cuando empieza a obtener una cierta difusión social, cuando empieza a ser aceptado y hecho propio por grupos sociales enteros de hombres, que se reconocen en él, a veces sin saber incluso quien ha puesto en circulación el nuevo "principio"; así se han creado los primeros movimientos "fascistas".

Entre superhumanismo y fascismo, más que la relación eminentemente intelectual que para los marxistas existe entre teoría y praxis, lo que existe es una relación genética espiritual, una adhesión a veces inconsciente del segundo al "principio superhumanista", con las acciones políticas que de él dimanen. Quizás por esto se ha podido decir, aunque la expresión no es muy afortunada, que "el fascismo es acción, a la que es inmanente un pensamiento", y se ha hablado también de la "mística fascista" y del carácter cuasi "religioso" del fascismo.

El principio "superhumanista", respecto del mundo que lo circunda, deviene el enemigo absoluto de un opuesto "principio igualitarista" que es el que conforma este mundo. Si los movimientos fascistas individualizaron al "enemigo" -espiritual antes que político - en las ideologías democráticas -liberalismo, parlamentarismo, socialismo, comunismo y anarquismo - es justamente porque, en la perspectiva histórica instituida por el principio superhumanista estas ideologías se configuran como otras tantas manifestaciones, aparecidas sucesivamente pero aún presentes todas, del opuesto principio igualitarista; todas tienden a un mismo fin con un grado diverso de conciencia y todas ellas causan la decadencia espiritual y material de Europa, el "envilecimiento progresivo" del hombre europeo, la disgregación de las sociedades occidentales.

Por otra parte, si se puede afirmar que todos los movimientos fascistas tienen un determinante instinto superhumanista está también claro que han tenido un "nivel de conciencia" de ello, variable; y es precisamente este distinto "grado de conciencia" lo que se refleja en la graduada variedad de los movimientos fascistas y en sus respectivas actitudes políticas. No es de extrañar, pues, que si todos combaten las formas "políticas" del igualitarismo, a veces no se definan contra sus formas "culturales" o si se definen, lo hacen en menor grado. Y, además, como ocurre siempre, entre el campo fascista y el igualitarista se crea un campo intermedio, "oscilante", con "formas" espúreas.

Esencial, por lo que respecta a la toma de posición "mítica" de un movimiento fascista, es el análisis que haga sobre cual es la causa primera y el origen del "proceso de decadencia" y "disgregación" de las naciones europeas. Nietzsche señala que es el cristianismo, como agente transmisor del "principio judaico" que para él se identifica con el igualitarismo. Wagner, el otro polo del campo superhumanista, en cambio, solo señaló el "principio judaico". Según él, el cristianismo no sería más que una metamorfosis de las ancestrales religiones paganas, aunque después se contaminara de judaísmo, al recurrir la Iglesia y sus teólogos, para "establecer dogmas" a la tradición judía. Entre estos dos "polos" (y los respectivos análisis) se inscriben todas las oscilaciones del campo fascista, cuyas tendencias asumen, por causa de esto, actitudes

diversas frente al cristianismo y la Iglesia. La acción política, además, condicionaba a respetar los sentimientos de amplios estratos de las capas populares, que no podían ser fácilmente extirpados. Por añadidura los fascistas están convencidos del interés social de un sentimiento como el religioso, que es vínculo comunitario en las masas, y no desean destruir lo que existe, sino ir progresivamente modificándolo, reinterpretándolo, hasta conseguir que un día se haya transformado en una cosa muy distinta y en una religión con un contenido muy diferente. Mussolini, que era ateo, debió entrar en tratos con la "Italia Católica" y, una vez en el poder, un *modus vivendi* fue establecido a fin de romanizar al cristianismo: "Roma, donde Cristo es romano", este es el punto de vista al que la Iglesia no se pliega, replicando, de forma concluyente: "Nosotros, cristianos, somos todos semitas". El III Reich, por su parte, toleró la Iglesia y a la vez intentó "desjudaizar" el protestantismo, dando vida a la escisión de la Reichskirche favoreciendo a los *deutsche Christen* y -aún más intensamente- la llamada *Gottesglaubigkeit*, es decir, la creencia en la divinidad, pero en una divinidad que ya no es la de la Biblia. Pero, en privado, Hitler afirmaba que el cristianismo debía ser, poco a poco, extirpado. La posición extrema (que dentro de una topografía fascista ocupa, sin embargo, el lugar central, por ser éste el más lejano de las extremidades del campo igualitario) es propiamente la sostenida por los nietzscheanos puros: sostiene que "todo está podrido", rechaza en bloque dos mil años de "occidente cristiano" (no reteniendo de él más que las manifestaciones de supervivencia y resurgimiento del paganismo greco-romano-germánico), predica un "nihilismo positivo" y quiere reconstruir -sobre las ruinas de Europa- un "nuevo orden", dando vida al "tercer hombre". Todo esto referido no solo a las formas políticas, sino también a las "culturales", ya que la cultura ha estado dominada por el principio igualitarista: "Cuando oigo hablar de Cultura -dice Goebbels, un intelectual-, cargo mi pistola". En resumen, en relación al mundo que le circunda, los fascismos son "revolucionarios" en el sentido más radical de la palabra. La reflexión más coherente de sus adversarios ha acabado por reconocerlo. Horkheimer, con un origen marxista y que acabó siendo un apóstol de un abstracto neo-judaísmo, reconocía al final de su vida que "la revolución solamente puede ser fascista", ya que solo el fascismo quiere invertir el "sistema de valores" existente, cambiar el mundo"; es decir, solo el fascismo considera al mundo actual del mismo modo a como los primeros cristianos consideraron al mundo grecorromano y el Imperium de Roma.

Precisamente a causa de que, en sus expresiones más coherentes, se opone drásticamente a la cultura dominante, manifestada en todas las formas sociales y políticas, el "superhumanismo" y sus expresiones políticas tienen un "discurso" que no puede por menos que parecer irracional a quienes están animados por el opuesto principio igualitario. Esta "irracionalidad", que ha servido a Lukacs de principal argumento "filosófico" contra el discurso fascista, designa, de hecho, dos medio-verdades, confusas y superpuestas. Es verdad que el discurso fascista es un "discurso mítico" o bien se basa -al menos- en un "mito". Muchos autores fascistas han propuesto, explícitamente, un mito. Pero, ¿qué es un mito en la visión superhumanista de las cosas?. El mito es un discurso de una naturaleza particular, que se concibe a sí mismo como novedad originaria o que, diciéndose, crea su propio lenguaje parasitándose en otro. Existe mito cuando un "principio" históricamente nuevo surge en el seno de un ambiente social y cultural todo el informado y conformado -y en primer lugar su lenguaje- por un "principio opuesto". El principio nuevo, para decirse a sí mismo, debe necesariamente -ya que no tiene aún su lenguaje- tomar en préstamo, por decirlo así, el lenguaje preexistente; pero este es un lenguaje dominado por otro principio, por otro Logos o Verbo y, por tanto, mientras hace uso de él, debe, sin embargo, negarle la "razón" o más exactamente la "dialéctica" conceptual que es -

precisamente - la del Logos adverso. Así el "discurso" de un principio históricamente nuevo, es siempre "discurso mítico que niega la "razón" del lenguaje usado, y el principio mismo -en su novedad histórica - se da como mito: un principio nuevo es siempre, en cuanto nuevo, un mito.

Negar la dialéctica del lenguaje usado (parasitado) quiere decir que los "contrarios", los opuestos instituidos como tales por esta dialéctica, ya no son sentidos así, sino más bien como una parcial unidad e identidad y -por otra parte - pueden expresar una simple diferencia, no por oposición. Esto resulta evidente en Wagner y aún más en Nietzsche; por ejemplo en el rechazo de la dialéctica cristiano-igualitarista "del bien y del mal", netamente expresado por este autor. No es menos evidente este fenómeno, aunque aquí en un plano estrictamente político, en el hábito de los movimientos de la Revolución Conservadora alemana de designarse a sí mismos fundiendo términos conceptuales de la "jerga" igualitarista de Weimar consideraba antitéticos: nacional-bolchevismo, nacional-comunismo, nacional-socialismo, conservador-revolucionario y otras cosas parecidas.

El "discurso mítico" es, en su materialidad lingüística, un discurso del que está ausente el Logos (Verbo) que se identifica con el mito mismo en cuanto que principio. Dicho de otra manera: la materialidad del lenguaje permanece conformada por otro principio, por otro Logos. Y en esto reside la ambigüedad específica del mito, señalada por historiadores y estudiosos desde hace tiempo (sin individualizar las causas, por otra parte). Pero si el "discurso" aparece necesariamente ambiguo e irracional, el "mito" no lo es en modo alguno en relación con sí mismo: su verdadero Logos está en realidad bien presente, pero fuera de la materialidad del discurso, en quien lo dice y en quien sabe entenderlo. Un mito siempre presupone la existencia de hombres que, más allá del lenguaje empleado en el discurso lo saben entender. Alfred Rosenberg, prologaba su libro "El Mito del siglo XX" con esta sentencia del Maestro Eckhart: "Este discurso se pronuncia solo para quienes ya lo dicen, como suyo, a través de su propia vida o, al menos, ya lo poseen como atormentadora aspiración de su corazón".

Pero si el mito, para quienes lo portan y lo proclaman, es sentido como un punto de origen, una novedad, para quienes están "fuera" de él se les aparece necesariamente como una imposible vuelta a lo "primitivo", a la "barbarie". De hecho esta acusación de primitivismo y barbarie se ha lanzado no contra las acciones de los fascistas, sino contra su concepción del mundo, contra su "mentalidad". Esto es tanto más comprensible en cuanto que la concepción de la historia que se desprende del principio igualitarista es una concepción lineal, que representa el devenir histórico como un segmento comprendido entre un Alfa (el inicio de la historia: expulsión del Edén o evolución desde la primera horda comunista paleolítica a la primera sociedad con propiedad privada) y un Omega (Apocalipsis o fin de la historia, concebida como lucha de clases, para pasar a la eternidad y a un perenne "reino de la libertad"). Por contraposición, en la visión superhumanista, la historia no es lineal (ni tampoco cíclica, como han afirmado alguno, por no haber sabido descifrar el "discurso mítico"). Möhler ya ha indicado que la imagen más conveniente" para representar la idea de la historia en la visión superhumanista es "la de la Esfera", presente ya en el *Also Sprach Zarathustra* de Nietzsche. Möhler, sin embargo, no ha sabido poner de manifiesto las implicaciones de esta imagen (Leitbild). Si, en un tiempo lineal, el "momento" presente es puntual, dividiendo la línea del devenir en pasado y futuro y, por otra parte, no se vive sino en el momento presente, en el tiempo esférico de la visión superhumanista el presente es otra cosa bien distinta, es la esfera que tiene por dimensiones el pasado, la actualidad y el futuro; y el hombre es hombre y no animal justamente porque, en virtud de su conciencia, vive inmerso en este presente tridimensional que es a la vez pasado-

actualidad-futuro y por lo tanto es también totalidad del devenir histórico, pero captado siempre según la siempre distinta perspectiva "personal" de cada conciencia.

Si la esfera del devenir histórico es proyectada, con fines de representación (como impone nuestra sensibilidad biológica) sobre lo unidimensional, se dibuja esa línea que, si se asume la visión igualitarista representa a la historia misma y que, en cambio, para el superhumanista es solo la línea de la evolución biológica de la especie humana sobre la cual la historia va precisamente a proyectarse para representarse a sí misma (y, puesto que la esfera del devenir es un "presente" distinto para cada conciencia, las representaciones de la historia han de ser forzosamente distintas).

En el lector puede espontáneamente surgir la interrogación sobre la "validez", sobre la "verdad" de estas dos visiones opuestas de la historia, la igualitarista y la superhumanista. El "historiador" puede tan solo constatar que uno y otra son reales, en el sentido de que existen históricamente, de que ha habido hombres que las han sentido y que las sienten, que las han pensado y que las piensan. Una "filosofía" conformada por el principio igualitarista considera "falsa" la visión superhumanista de la historia y falsa la concepción esférica en que se basa. Una "filosofía" superhumanista coherente considera en cambio la visión igualitarista de la historia como propia de la conciencia del "segundo hombre" y, como tal, "superada" por la autoconciencia del "tercer hombre".

Los "fascismos" tuvieron todos una visión superhumanista del tiempo de la historia, lo que no significa automáticamente que los fascistas hayan sido plenamente conscientes de ello ni -consecuentemente- hayan sabido "representarlo". Es sin embargo evidente que el juicio "fascista" sobre lo que es histórico en el hombre ha diferido siempre, y difiere, del igualitarista. Por ejemplo, para el fascista la "esfera económica" de lo humano pertenece fundamentalmente a la "esfera biológica" y no a la histórica. Por otra parte conceptos como "regreso", "conservación", "progreso", pierden su significado en el uso que de ellos hace el discurso fascista y a veces se confunden el uno con el otro. Es por que en lo unidimensional, la proyección de la esfera histórica configura un ciclo, el Eterno Retorno, sobre el cual todo "progreso" también es "regreso". Aquí está, por otra parte, la solución del enigma propuesto por Nietzsche con la "imagen conductora" (mitema) del Eterno Retorno y con la del Gran Mediodía y la del Zeittumbruch (la fractura del tiempo de la historia); lo "idéntico" que retorna eternamente es de orden biológico y no es idéntico sino desde un punto de vista material, no desde el histórico. Lo histórico es la diversidad, lo que construye la historia es la aparición de formas nuevas, originales y originarias, lo que puede llegar al límite de regenerar la historia misma provocando el Zeittumbruch. El término genérico con el cual se han autodesignado en su conjunto todas las varias tendencias del "Fascismo", es decir, el de Konservative Revolución dice, por sí mismo, cual era su visión de la historia y que papel esperaban jugar en ella, es decir, provocar la Zeltumbruch.

Sobre la base de su específica visión de la historia los "proyectos históricos" de los movimientos fascistas se configuraban siempre como una "vuelta", como un "repliegue", sobre un "origen" o un "pasado" más o menos lejano, que al mismo tiempo es proyectado en el futuro como un fin a alcanzar: la "romanidad", en el fascismo italiano (con varias formulaciones: romanidad "imperial", "republicana" o "de los orígenes"), germanismo pre-cristiano en el nacionalsocialismo hitleriano, monarquía tradicional en el maurrasianismo....

Lo que casi nunca se ha sabido captar es que el "pasado" del cual se reclaman seguidores y del cual a veces se afirma (con fines demagógicos de propaganda) que

sigue vivo y presente (en el " pueblo" y en la "raza" como instintividad) es considerado realmente por los fascistas un bien perdido, algo que "ha salido de la historia" y que por tanto hay que reinventar y crear ex-novo. Así, por ejemplo, Hitler le decía a Rauschning (ver *Gesprache mit Hitler*) (5), que "no existe la raza pura", que "hay que recrear la raza"; y de hecho la política racial del III Reich fue una *Aufnordung* una "acción modificadora". El origen, el pasado perdido, en el fondo no están presentes en el "fascista" más que como nostalgia y como proyecto, no pudiendo estar encarnadas en la realidad social, cultural y política, radicalmente adversa.

La "topografía" del campo fascista en la primera mitad de siglo se dibuja en relación con problemas que enlazan, directa o indirectamente, con el análisis de la "cantidad de decadencia" que existe en Europa y –por reflejo - la "cantidad de nihilismo positivo" con que considerar necesario responder. Respecto del espectro político democrático, el "fascismo" no está ni a la derecha ni a la izquierda, ni en el centro, ya que este espectro político está determinado por criterios igualitaristas que no rigen para el fascismo. Existen, es cierto, interferencias (a veces de derecha, a veces de izquierda, a veces de centro...), pero son solo secundarias, inevitables a causa de la continuidad, del hecho de que el "fascismo" debía actuar sobre la realidad conformada por masas empapadas de igualitarismo, que formulaban exigencias igualitaristas. El fascismo debía "pescar" allá donde estas exigencias tuvieran menos profundidad, donde fueran débiles; en suma: donde la "conciencia igualitarista" se hallara en crisis y donde por tanto era más fácil crear una confusión con los ideales propios y las exigencias propias.

Así por ejemplo, ocurre que la topografía de la *Konservative Revolution* se encuentra también determinada por la pregunta respecto a las fuerzas -o las clases sociales - sobre las cuales basarse. Es un hecho muy revelador que aquellas tendencias que más hincapié ponen en hablar del trabajador de la clase obrera (como por ejemplo, los nacional-comunistas y los nacional-revolucionarios) son en cambio, los que más rechazaron la "acción de masas", en nombre de un prejuicio "aristocrático" y -pese a las experiencias históricas - soñaban aún con el *putsch* o la conjura de palacio. Spengler, Junger, los "social-aristocráticos", se oponían a Hitler, entre otras cosas por que éste se había convencido a sí mismo de que no había contradicción, ni riesgo de "contaminación", en recurrir al partido y a la acción de masas.

En el cuadro de las distintas opciones del superhumanismo, el "discurso" de un movimiento determinado acentúa de una manera específica las distintas imágenes conductoras del mito, los mitemas. Un movimiento fascista puede poner en primer plano mitemas que otro coloca en segundo plano o incluso olvida. La diversidad en esta acentuación es también reflejo de una diversidad en la "interpretación". Basta pensar en el mitema de, la raza, asumido por unos como mitemas fundamentales, mientras que para otros es secundario y, en todo caso, es siempre "entendido" de maneras distintas (incluso dentro del movimiento nacionalsocialista, pues no es cierta la afirmación de Evola, de que se diese de él una interpretación exclusivamente biológica; Evola por otra parte, es reflejo de una de estas tendencias, analizando el mitema de la raza de acuerdo con las pautas de la corriente *volkisch*-espiritualista).

Evidentemente los "régimenes" fascistas debieron afrontar aquellos problemas materiales que se le presentan a cualquier régimen, en cualquier país, con estructuras análogas. La famosa crisis del capitalismo de los años veinte y treinta fue en realidad una crisis de mutación industrial, y por tanto es así que también la padeció Rusia. Todos debieron afrontarla con medidas análogas: de ahí el *New Deal* de Roosevelt, la *NEP*

rusa, el Vierjhrsplan de Goering, la reestructuración industrial y bancaria realizada por el fascismo italiano. El aspecto "técnico" de estas medidas es, a veces, hasta tal punto similar que varios historiadores, muy impresionados por ello, han confundido todo en una única "revolución de los técnicos" (managerial revolution). Pero el hecho de que un liberal, un comunista, o un fascista, lanzado al agua, se ponga a nadar para no ahogarse no dice nada sobre su filosofía política.

En los "estudios" sobre el fenómeno fascista se ha buscado llegar a una "definición del objeto" -sobre todo por parte de los autores marxistas - basándose en el hecho de que los regímenes fascistas conservaron la estructura "capitalista" de la producción. Por parte de los autores liberales se ha insistido, en cambio, en la similitud de la estructura política "totalitaria" impuesta por regímenes fascistas y comunistas. Todo esto era, y es, extremadamente cómodo para dar vida a la nunca desaparecida polémica entre corrientes distintas del espectro político del igualitarismo. Pero a la vez refleja el tremendo error y el absurdo de aplicar estas "definiciones" al fascismo.

Que ciertas fuerzas económicas, aquí y allá, hayan decidido sostener económicamente al fascismo, en una cantidad mucho menor de lo que se ha dicho y en base a un cálculo que habría de revelarse como erróneo, es un hecho sin significación alguna; todos podemos comprobar hoy en día como organizaciones patronales y grandes industriales financian regularmente a partidos de izquierda, incluido el comunista... Para el observador objetivo debería estar muy claro que la elección de un sistema económico era "diferente en sí misma" para el fascismo, únicamente dictada -más allá de intereses de clase, que no reconocía y de ideologías que no eran las suyas - por lo que, desde su punto de vista, consideraba que era el interés nacional o el interés común (Gemeinnutz) y, en función de esto, por consideraciones de eficacia. Lo que, en definitiva, preocupaba al "fascista", era sustraer a las fuerzas económicas, movidas solo por intereses económicos, la posibilidad de dictar al país su política; y, después, plegar a todas estas fuerzas económicas al respeto de los intereses nacionales formulados en función de los fines a alcanzar por la "comunidad popular" (Volksgemeinschaft), a fines -dicho entre paréntesis- cuya naturaleza era "metapolítica". Que, en este intento, los regímenes fascistas hayan actuado con mayor o menor sabiduría, con mayor o menor éxito, es un problema cuyo debate podría llevarnos a conclusiones negativas posiblemente. Es también evidente, por otra parte, que los regímenes fascistas tuvieron una vida efímera y que muy pronto la guerra les impidió proceder a la maduración de la revolución política y social que se proponían.

El problema del "totalitarismo" nos lleva a un problema fundamental de la "filosofía de la política". Toda sociedad (o más exactamente, comunidad) es, cuando quiere estar "sana", totalitaria, en el sentido de que admite un solo "discurso", el inspirado por el principio que informa y conforma a la comunidad y, a la vez, constituya el "vínculo comunitario". Así la ecumene católica no admite más que el "discurso cristiano" en el catolicismo y hoy los sistemas democráticos, tras el periodo de crisis y de confusión de ideas de la primera postguerra, no admiten -como es lógico, por otra parte - más que el "discurso democrático" y prohíben terminantemente el "discurso fascista" (que está inspirado en un "principio" opuesto).

En los sistemas democráticos "liberales", por otra parte, el "discurso" social se traduce en un "debate", contraposición de discursos "opuestos" aunque inspirados en un mismo principio. De hecho, como ya se ha dicho, un "principio" entra en la historia como mito, y en su fase mítica no manifiesta, ni en su discurso ni en sus acciones, los "contrarios" de su propia dialéctica, captados aún como "unidad" y armonía. El principio igualitarista tuvo su fase mítica con la "ecumene católica", que fue objetivamente tal, incluso en el

campo político, mientras los poderes soberanos tuvieron fuerza suficiente -sobre todo espiritual - para asegurar la "unidad de los contrarios", para impedir que una "dialéctica" del Logos cristiano-igualitarista se manifestase y concretase en formas religiosas, políticas y sociales opuestas. Pero cuando el "mito" en cuanto tal perdió su fuerza y decayó, se inauguró una "dialéctica" que, muy pronto, se manifestó en los planos eclesiásticos, políticos y sociales. Se empezaron a sentir, a advertir "contradicciones". Por ejemplo, en el plano religioso se formuló la contradicción entre el mitema del dios omni-previsor y omni-predeterminante y otro mitema, el de la gracia y el arbitrio libre, con la consiguiente fractura del ecumene y la contraposición de las Iglesias; los teólogos de la Reforma y Contrarreforma no se basaron ya en el mito e hicieron formulaciones cada vez más "ideológicas". Desde el punto de vista superhumanista de la historia, lo que estaba ocurriendo es que el "principio igualitarista" estaba pasando de su fase mítica a la fase "ideológica", en la que se separan y contraponen los "contrarios" dialécticos que, progresivamente, van a concretarse en "realidades" objetivas políticas y sociales, entre las cuales están los distintos "partidos".

En esta segunda fase la "conciencia igualitarista" deviene más profunda: quiere traducir la "igualdad de las almas ante Dios" en "igualdad del hombre en cuanto que ser político,(ciudadano) ante las instituciones humanas". Esto conduce a la "evolución democrática" (cuyas manifestaciones a veces son violentas, hablándose entonces de "revolución") y, rápidamente, -en el paso hacia la democracia ideológica - en la aspiración y la voluntad de una "igualdad de los hombres ante la naturaleza" entendida esta en todos sus aspectos. En esta última fase, que evidentemente es la que se halla en curso -siempre desde el punto de vista del superhumanismo la "dialéctica" objetiva de los contrarios es cada vez más señalada como un obstáculo a la unidad y a la armonía efectiva de la "ecumene humana": de ahí el auge del "internacionalismo", el "cosmopolitismo", y -paralelamente - el esfuerzo "científico" volcado a afirmar en el "discurso" y en la realidad objetiva una última síntesis que no vuelva a provocar a su vez una nueva oposición de los contrarios. El genio de Hegel, y después de Marx, ha consistido en haber interpretado perfectamente, cada uno a su modo (el segundo con una visión filosófica menos profunda y más incierta, pero con una gran visión política formulada además con gran capacidad "de agitación") esta voluntad de síntesis del hombre y de la sociedad conformadas por el principio igualitarista.

Evidentemente el historiador constata que Marx, si bien ha sabido hacer tomar conciencia a los igualitaristas de su voluntad de alcanzar una última síntesis (y anotemos al paso como las Iglesias cristianas, o incluso -más genéricamente - las monoteístas, se encuentran también ellas empeñadas en un esfuerzo de "abstracción y síntesis ecuménica") no ha sabido sin embargo indicar el método para conseguirlo. Los regímenes marxistas del este europeo, regiones fundamentalmente extrañas a la antigua ecumene católica y después a la "dialéctica ideológica" del occidente europeo, han sostenido que esta última síntesis podía alcanzarse mediante un "proceso" forzoso, imponiendo mediante una violencia continua la unidad definitiva de los contrarios; de ahí su "totalitarismo dogmático". Todo el trabajo actual de los "demócratas" occidentales, marxistas incluidos, no es otra cosa que este esfuerzo por encontrar el camino hacia esta última síntesis que sea verdaderamente, una espontánea síntesis y unidad de los contrarios.

¿Es posible esta última síntesis habida cuenta de que ella comportaría el fin mismo de la historia, del devenir "histórico" del hombre?. Formular la pregunta y pretender dar respuesta a una "cuestión última" es encontrarse ante la clásica "antinomía de la razón". Si la historia humana tiene una predeterminación que trasciende al hombre, para dar una

respuesta sería necesario conocer la naturaleza de esta predeterminación, por lo que la definición es "racionalmente" imposible (por que la predeterminación trasciende al hombre). Si, en cambio, es el hombre quien crea libremente -su propia historia, hay que admitir que esta última síntesis sería posible si la humanidad entera, con plena conciencia, la desease y tuviera "capacidad" de alcanzarla. Pero precisamente esta última circunstancia obliga al campo igualitarista a realizar, una represión absoluta del "fascista". Por que el "fascista" no quiere este "fin de la historia" propuesto por el igualitarismo y lucha, por hacerlo imposible, además de creer que esto es "materialmente imposible".

De cuanto se ha dicho sobre el "igualitarismo" debía inferirse claramente, para el lector, cual habría sido la "auto-comprensión" del llamado totalitarismo fascista, que quizás convendría llamar "dictadura", "magisterio", y que morfológicamente se asemeja al tipo de "administración del poder" de la ecumene católica y de todas las "formas comunitarias" en fase mítica. Por otra parte la dictadura fascista reflejaba objetivamente la naturaleza mítica de su discurso y con esto satisfacía también dos exigencias fundamentales. La primera de estas se desprendía de la situación de "crisis" total en la cual el propio fascismo, al alcanzar el poder, precipitaba a todas las "instituciones" políticas y sociales preexistentes (conformadas por el principio igualitarista) y a los mismos "componentes humanos" de la sociedad, es decir, de una comunidad que había cesado, desde su punto de vista "fascista" de ser una "comunidad orgánica". La segunda exigencia, que se solapa con la primera, no es menos esencia e inmediata: la necesidad de informar y conformar el "material tosco" (las "ruinas" de que hablaba Nietzsche) de acuerdo con el "principio" superhumanista, afirmar en todas partes, en el cuadro de un "orden nuevo", la unidad y la armonía de todos los contrarios.

Desde este punto de vista "fascista", por citar un ejemplo, el corporativismo del régimen italiano aparece como un "compromiso" impuesto quizás por la situación objetiva, ya que permitía al menos formalmente la expresión de un cierto "clasismo" al contraponer las organizaciones de empresarios y de trabajadores; mientras que el más coherente nacionalsocialismo alemán, organizó a todas las fuerzas productivas en un Frente del Trabajo Alemán, D.A.F., que quería ser "orgánico" para reflejar la organicidad de la comunidad del pueblo, la Volksgemeinschaft.

En otras palabras, puesto que el "fascismo" oponía comunidad a sociedad y pretendía refundir la sociedad "encontrada" por él, en una comunidad orgánica, los regímenes fascistas intentaron reprimir, mediante el aparato totalitario, las tendencias igualitaristas esparcidas por todas partes y, a la vez, emprender mediante el apartado "dictatorial" fundado en la institución del Jefe (Duce, Führer)- la "educación" de un nuevo "tipo" humano, esforzándose en consolidar y suscitar progresivamente en todos el "principio" superhumanista fascista, creando y reforzando así el nuevo "vínculo comunitario": de ahí el uso intenso de las técnicas de la psicología de las masas, de ahí la "mística", el "ritual", los "símbolos" emotivos, la creación de organizaciones (sobre todo en el III Reich, pero también en Italia) con un carácter de "Orden" destinadas a satisfacer, con sus distintas "misiones", los distintos "temperamentos" humanos y en particular los varios "temperamentos" fascistas.

El historiador debe aquí preguntarse si, aceptando a título de hipótesis el análisis nietzscheano de la sociedad y la cultura europea, los "movimientos" y los "regímenes" fascistas de la primera mitad de siglo no han aparecido demasiado pronto, prematuramente, o dicho más exactamente, si no debían su emergencia, su afirmación, a circunstancias fortuitas -en la apariencia y tan solo en ellas - que anticipaban el futuro previsto por Nietzsche. El preveía que su movimiento (este es el término que usa

realmente: Bewegung) podía afirmarse solo sobre las ruinas del sistema social y cultural existente. Ahora bien, en la primera postguerra mundial, los sistemas políticos y la cultura igualitarista aún no estaban en ruinas, tan solo atravesaban una crisis espiritual (con la aparición masiva y "subversiva" del comunismo) a la que se unió otra, económica esta. En Alemania, país vencido, "castigado" y casi totalmente privado de la solidaridad del "sistema" internacional, la crisis fue sentida como verdaderamente apocalíptica. También en Italia las cosas ocurrieron así, pero limitándose solo a ciertos estratos en los cuales estaba muy viva la frustración por la "victoria perdida". Hoy sabemos que el sistema igualitarista estaba en realidad aún bastante fuerte, o dicho desde un punto de vista nietzscheano, no había agotado aún sus resortes espirituales y materiales.

El historiador debe también reconocer que la aparición del fenómeno fascista ha constreñido, aunque sea negativamente, a reconocer al campo igualitarista cual es su verdadera naturaleza, a tomar una mayor conciencia del "parentesco" de sus diversas formas espirituales y políticas y admitir (al menos en los hechos) que obedecían todas a un mismo principio inspirador, **el igualitarista o judeocristiano**, llámesele como se quiera. Para cristianos, liberales, demócratas, socialistas, comunistas, el "fascismo" era el adversario absoluto, frente al cual todos sienten una absoluta obligación de "solidaridad": es el "antifascismo". Las manifestaciones del "antifascismo" pueden incluso aparecer como grotescas, a causa del evidente oportunismo político de las distintas facciones, pero responden en definitiva a una estricta exigencia "moral" para cualquier que pertenezca al campo igualitarista.

Con la victoria sobre los regímenes fascistas, el "antifascismo" se ha traducido lógicamente en una "represión" absoluta del fascismo y de sus manifestaciones políticas. Pero esta lógica represión tiene consecuencias paradójicas, cuando menos a los ojos del historiador, y en la medida en que es posible considerar historia a los últimos treinta y cinco años es decir, una situación que se prolonga en la actualidad. Ocurre que cuanto más se afirma el "principio igualitarista" en cada detalle cotidiano de la vida cultural y política europea, tanto más se afirma el antifascismo. Así, que el "fascismo" adquiere una "existencia negativa" tanto más fuerte cuanto más claro es el triunfo del adversario. Ahora bien, esta existencia negativa es también una realidad (un poco como es realidad la "antimateria" de los microfísicos) y deviene objetivamente como un vacío sociopolítico que quiere ser colmado en alguna manera. El "fascismo" renace así constantemente, como potencialidad, aunque sea inmediatamente reprimida, y continuamente son -por decirlo así - regenerados los "fascistas", forzados entonces a la vida de las catacumbas. Pero este vacío que supone la existencia negativa del fascismo en la Europa actual reclama también una "acción fascista" que, prohibida a los "fascistas" acaba por ser inconscientemente asumida por los sectores marginales del campo igualitarista, los que más sufren la lentitud del "progreso", la discrepancia entre los ideales proclamados y las realidades vividas: el occidente grupos terroristas de extrema izquierda, en oriente el ala derecha de la organización del Estado, con recurso a la disidencia tras vanos intentos de recurso a la "reforma" interna del partido y del sistema.

Ciertamente en los países de Europa occidental existen partidos o grupos políticos sobre los cuales pesa la acusación de "fascismo" y que como tales quedan marginalizados respecto del espectro "democrático antifascista". Pero como ocurre -en muchos casos - que gran parte de los miembros de estos partidos o grupos no son en realidad fascistas, hay que concluir que estos no son, objetivamente, "fascistas", ya que, forzados por la situación, se ven obligados a moverse en una legislación que prohíbe el "discurso" y la

"acción" fascistas. Desde el punto de vista "fascista", estos partidos tienen una utilidad, al constituir un peligro, por que estos partidos, como queda dicho, falsifican necesariamente el "discurso" y la acción fascistas.

Además la contingencia histórica, esto es, el hecho de vivir en una sociedad liberal, ha inducido casi siempre a estos partidos a plantarse en posiciones liberales y exclusivamente "anticomunistas", recurriendo cada vez más a un "discurso liberal". Ha ocurrido y continuará ocurriendo fatalmente, que -por otra parte - los fascistas "refugiados" en estos partidos no cesan de provocar tensiones y escisiones; por otra parte estos partidos pasan a ser "recuperados" a partir de determinado momento por el sistema (aunque éste continúa rechazándolos formalmente por tener necesidad de seguir azuzando contra el "fantasma" del fascismo a las masas), contribuyendo a preservarlo.

La existencia del fascismo es hoy, casi exclusivamente, una existencia negativa; ésto es lo que los movimientos y regímenes fascistas de la primera mitad del siglo han dejado como herencia a los hombres que se adhieren al "principio superhumanista". Es una herencia que los condena a las catacumbas; y es una herencia -el historiador debe admitirlo, con referencia a la experiencia de lejanos pasados - cuyo valor no es nada desdeñable.

NOTAS

(1) - Todos los entrecomillados aparecen así en el original.

(2) - Todas las negritas aparecen así en el original.

(3) -Existe versión española de este libro: "El Asalto a la Razón" Ed. Grijalbo. Barcelona, 1975.

(4) - Existe versión española de este libro: "Los lenguajes totalitarios", Ed. Taurus. Madrid, 1974.

(5) - Existe versión española de este libro: "Hitler me dijo". Ed. Hachette. Buenos Aires, 1940.

Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)

2007

LA ESENCIA DEL FASCISMO COMO FENÓMENO EUROPEO

(Conferencia-homenaje a Adriano Romualdi)

Giorgio Locchi

Soy un hombre de escritura, no un orador. Hablar en público es para mí una tarea temible y siempre desagradable. Esta tarea es hoy, en mi caso, más desagradable de lo habitual, porque, estando entre los últimos en tomar la palabra, sé que diré cosas que algunos no compartirán. Además, tengo la convicción de poseer, respecto a los oradores y autores de las intervenciones que me han precedido, una singular ventaja al conmemorar e ilustrar la obra de Adriano Romualdi; y tener ventaja es algo que no me gusta. Esta singular ventaja mía es la siguiente. Todos los que han hablado hasta aquí de Adriano Romualdi lo han conocido personalmente, al menos tuvieron ocasión de verlo, de encontrarse con él, de hablarle una o dos veces. Habiéndole conocido vivo, han conocido su muerte: y hoy saben que ha muerto e, inevitablemente, hablan de él como muerto, como alguien que ya no está, aun cuando quizá continúe de algún oscuro modo presente. Yo vivo desde hace veintiséis años en Francia, lejos de los asuntos italianos, y no he conocido nunca personalmente a Adriano Romualdi. Es más: confieso que he ignorado totalmente su existencia hasta hace cuatro o cinco años cuando me la descubrió un grupo de jóvenes italianos que había venido a París buscando ideas que evidentemente no existían. Entonces, poco a poco, he descubierto la obra de Adriano Romualdi y la he descubierto, para mí, más viva que muchos vivientes, actualísima. Adriano Romualdi es un pensamiento que no cesa de hablarme y al cual yo respondo. Celebrando a Adriano Romualdi, celebro una presencia viva en mi tiempo y, de este tiempo, parte integrante.

Alguien, ayer, recomendó "no embalsamar a Adriano Romualdi". Es una idea que, precisamente, nunca podría venirme a la mente, porque para mí Adriano Romualdi está vivo; y no se embalsama a los vivos. Y dejarme decir, crudamente, que, a mis ojos, el rechazo a "embalsamar" a Romualdi resulta una idea extremadamente sospechosa. No querer embalsamar algo que se tiene por un cadáver significa, en efecto, querer que este cadáver se descomponga, *apestee*, y que la gente se aleje de él. Significa pretender que la obra de Romualdi ha tenido su tiempo, que está superada y sería por consiguiente un error grave *sacralizarla*, impidiendo a los vivos *superarla*, ir más allá. Detrás de este modo de pensar y sentir no hay solamente, malignamente activo, ese ciego prejuicio *progresista* que para nosotros, pienso, debería ser extraño. Existe también, y sobre todo, un plan para relegar a un pasado definitivamente muerto una obra y un ejemplo de acción que, ayer como hoy, no cesan de incomodar profundamente y de incomodar, en particular, a ciertos jóvenes, o que se pretende tales, que han hecho una religión del éxito y del éxito en la sociedad de hoy tal cual es. No por nada, uno de estos jóvenes hace poco hallaba, cándidamente, una razón para condenar el fascismo justamente en el hecho de que éste no había tenido éxito, de que había *perdido*. Y lo bello del caso es que este joven sin duda también querría asumir valores trágicos y heroicos al mismo tiempo...

Sí, Romualdi incomoda y no deja de incomodar por dos razones fundamentales. La primera razón consiste en que él es, en la acción y en el pensamiento, un ejemplo raro y casi único de coraje. Empeñado en una carrera universitaria, comprometido políticamente, ha tenido el coraje de no atrincherarse astutamente detrás de una

máscara, de no haber querido salir -con palabras o con hechos- del llamado *túnel del fascismo*. Él, al contrario, se ha proclamado abiertamente fascista y se ha reconocido precisamente dentro de la forma del fascismo más comprometida a los ojos del mundo de hoy y del sistema en el cual vivimos. Pero los ejemplos vivientes de coraje, por lo demás, son la cosa más incómoda y más irritante para quien no lo tiene... Romualdi molesta por tanto por otra razón no menos importante: a causa de su honestidad intelectual, también ella ejemplar. Ciertos adversarios del fascismo e incluso algunos amigos han afirmado que el pensamiento de Romualdi habría sido configurado por el "complejo de los vencidos". Pero Romualdi no era y no es un vencido, porque no se ha reconocido y no se reconoce vencido y siempre ha continuado -y continúa con su obra- combatiendo por sus ideales. Vencido es aquel al que la derrota obliga a pensar y a actuar **de otra manera**. Adriano Romualdi no ha pensado de otra manera. Simplemente, ha constatado una evidencia: la derrota de 1945 había cambiado radicalmente la situación en la cual el fascismo debía de actuar si todavía quería ser. Precisamente por esto su pensamiento permanece como esencial, y no superado: ha sabido reflexionar, en su calidad de fascista, sobre la nueva realidad diseñada en 1945, una realidad que es, invariablemente, la realidad de hoy. Romualdi se ha preguntado sobre lo que debe y puede hacer un fascista en un mundo y en una sociedad que ha colocado al fascismo fuera de la ley. Y puesto que ya los vencedores, convertidos en amos absolutos de la palabra, ofrecían una imagen falsa y deformada del fascismo, él ha querido ante todo poner de manifiesto qué es el fascismo, de dónde proviene, qué significa ser fascista. Allí donde otros, hincando intelectualmente las rodillas, se afanaban grotescamente en *justificar* el fascismo según las formas morales de los vencedores del 45, Romualdi ha tenido la honestidad intelectual de decir y de afirmar claramente que el fascismo es revuelta contra el mundo y la sociedad en la que vivimos, que su *moral* es totalmente otra, que es algo por lo tanto que el mundo y la sociedad de hoy no pueden aceptar. Quien quiere estar de algún modo de acuerdo con el mundo de hoy y descender al compromiso y al diálogo con el sistema, no tiene derecho a identificarse con Adriano Romualdi.

Alguien se ha preguntado ingenuamente sobre qué haría hoy Adriano Romualdi, en el actual contexto político y cultural, si por ventura estuviera todavía vivo en carne y huesos. La pregunta sugería retóricamente que Romualdi habría quizá sufrido una evolución, cambiando de parecer. Y lo sugería partiendo del presupuesto, considerado evidente, de que en estos diez años la situación habría cambiado radicalmente y que por consiguiente la reflexión histórica de Romualdi sobre la realidad habría cambiado igualmente. Yo considero que la situación es esencialmente la misma que aquella que la obra de Romualdi afronta. Pero, aun cuando la situación *política* hubiese cambiado, solamente cambiaría el modo de *hacerse*, no ya aquel *principio* en el cual la acción debe inspirarse. **Por otra parte, cuando yo hablo de la obra de Adriano Romualdi y de su presencia viviente, me refiero ante todo a su obra de historiador, a sus estudios sobre el fascismo fenómeno europeo.** (La negrilla es nuestra. ndr.)

El fascismo es lo que es. Como todo lo que es, puede morir y salir de la historia. Pero, históricamente muerto o vivo, permanece por siempre siendo lo que es: fascismo. Ahora, sobre el fascismo, Romualdi ha dicho verdades esenciales, que permiten adquirir una más profunda consciencia sobre lo que el fascismo es, y que, también, permiten a los fascistas adquirir una consciencia más profunda sobre lo que ellos son. Es precisamente este aspecto esencial de la obra de Romualdi el que yo querría recordar, también porque me parece que muchos preferirían olvidarlo e ignorarlo. Hablar de ello

resulta fácil para mí, dado que mi concepción y mi visión del fascismo son esencialmente idénticas a las de él. Mi afinidad electiva hacia Romualdi abarca también los tiempos fundamentales de su investigación y de su reflexión: el carácter *européico* del fenómeno fascista, el origen nietzscheano del sistema de valores del fascismo, la Revolución Conservadora (1) en Alemania y fuera de Alemania, el redescubrimiento de los Indo-europeos y su función de *mito originario* en la imaginación fascista.

La primera enseñanza fundamental de Adriano Romualdi es que, más allá de diferencias específicas, todos los movimientos fascistas y todas las variadas expresiones de la Revolución Conservadora (entendida aquí como corriente espiritual) tiene una *esencia* común. Afirmar la europeidad del fenómeno fascista comporta un inmediato aspecto político concerniente al porvenir: a ojos de Romualdi es precisamente en la *esencia* del fascismo donde todavía hoy reside la única y exclusiva posibilidad de restituir a Europa un destino histórico.

Adriano Romualdi ha demostrado claramente que los movimientos fascistas de la primera mitad de siglo y las distintas corrientes filosóficas, artísticas, literarias de la llamada Revolución Conservadora tienen la misma *esencia* común, obedecen a un mismo sistema de valores, tienen una idéntica concepción del mundo, del hombre, de la historia. Hoy, sin embargo, una nueva *intelligentsia* de derecha querría poner en contradicción Fascismo y Revolución Conservadora, de la misma manera que, por otra parte, a fin de legitimarse -es cierto- en el seno del mundo democrático, coloca en paralelo stalinismo y nacional-socialismo, regímenes comunistas y regímenes fascistas, metiéndolos grotescamente en el mismo saco de un mal definido totalitarismo. El Fascismo -dice esta gente- habría en cualquier caso explotado ideas de la Revolución Conservadora, pero desnaturalizándolas y falsificándolas. Es pues necesario, justamente en el marco de esta celebración del pensamiento de Adriano Romualdi, reafirmar con fuerza la común *esencia* del fascismo y de la Revolución Conservadora y, a tal objeto, ilustrar esta *esencia* y, a la vez, precisar su contenido.

Romualdi ha intuido que el origen del fenómeno fascista era ante todo de orden espiritual, enraizado en un específico filón de la cultura europea. Y lo más importante: ha sabido reencontrar este origen en la obra de Nietzsche o, más exactamente, en el sistema de valores propugnado por Nietzsche (y, luego también, en segundo término, en ciertos aspectos del romanticismo, que anuncian y preparan la obra de Nietzsche). Su prematuro y trágico fin no ha permitido a Adriano Romualdi encuadrar su pensamiento en una completa visión filosófica de la historia y definir, así, de modo exhaustivo y preciso la relación genética que media entre la obra de Nietzsche, la Revolución Conservadora y el Fascismo. Hay que reconocer que poner en evidencia esta relación no es tarea fácil. Y no lo es por una simple razón, a causa de la naturaleza particular de la obra de Nietzsche, que no es una obra puramente filosófica, es decir: de reflexión y sistematización del saber, sino que es también, y sobre todo, obra poética, sugestiva, creadora, que expresa y da históricamente vida a un sentimiento nuevo del mundo, del hombre y de la historia. La relación entre comunismo, socialismo y filosofía marxista, teoría marxista, es clara y tangible. Socialistas y comunistas son y se dicen marxistas, aun cuando después, fatalmente, cada uno de ellos interprete a Marx a su modo. Contrariamente, en lo que respecta a los movimientos fascistas, un reclamo explícito a Nietzsche no existe. En algunos casos, estos reclaman a Nietzsche como a una fuente entre tantas otras, como un precursor entre otros tantos. Pero también se da el caso de movimientos fascistas que ignoran a Nietzsche o que, desconociéndolo, creen su deber

rechazarlo, en todo o en parte. Los movimientos fascistas de la primera mitad del siglo son la expresión política, inmediata e instintiva, de un nuevo sentimiento del mundo que circula por Europa a partir ya de la segunda mitad del siglo XIX. Tienen el sentimiento de vivir un momento de trágica emergencia y se precipitan a la acción obedeciendo a este sentimiento; se movilizan políticamente pero, al contrario que otros partidos y movimientos, no hacen referencia a alguna concreta filosofía o teoría política y asumen más bien casi siempre un comportamiento antiintelectualista. **Los movimientos fascistas se coagulan por instinto en torno a un programa de acción inspirado por un sistema de valores que se opone drásticamente al sistema de valores igualitarista, que se encuentra en la base del democraticismo, liberalismo, socialismo, comunismo.** Por contra, resulta fácil constatar que, en el seno de un mismo movimiento fascista, personalidades de primer nivel expresan y defienden filosofías y teorías bastante diferentes, a menudo poco conciliables entre ellas e incluso opuestas. La filosofía de un Gentile no tiene nada en común con la de Evola; Baumler y Krieck, filósofos y catedráticos, eran nacionalsocialistas y nietzscheanos, pero el nacionalsocialista Rosenberg, en cambio, criticaba duramente aspectos destacados del pensamiento de Nietzsche. Esto es un hecho innegable sobre el que se han apoyado y se apoyan adversarios del fascismo para afirmar con intención denigratoria que las referencias filosóficas del fascismo, cuando han existido, habrían sido grotescamente arbitrarias, además de contradictorias, y que por otra parte los movimientos fascistas carecerían de cualquier *contenido positivo* común desde el punto de vista filosófico o teórico. Éste es también, como se sabe, el punto de vista de un Renzo de Felice, y por tanto un punto de vista que permanece tanto más actual en el presente debate italiano. La argumentación es especiosa, ya que para negar una unidad de esencia se contraponen filosofías allí donde la unidad está **originariamente** fundada por un idéntico sentimiento-del-mundo. El fascismo pertenece a un *campo*, opuesto a otro *campo*, el igualitarista, al cual pertenecen democracia, liberalismo, socialismo, comunismo. Es este concepto de *campo* lo que permite captar la *esencia* del Fascismo, del mismo modo que permite captar la esencia de todas las expresiones del igualitarismo. Esto, Romualdi, lo había visto perfectamente, lo había afirmado de modo bastante claro. Concluyendo el breve ensayo previo a su antología de fragmentos nietzscheanos, ha dejado escrito: "Frente a Nietzsche se separan los campos. Para los otros su intolerable pretenciosidad social y humanitaria, la utopía de progreso de una humanidad de ceros. Para nosotros la conciencia, que Nietzsche nos ha dado, sobre aquello que fatalmente vendrá: ¡el nihilismo!". En este breve fragmento todo o casi todo lo esencial queda dicho. Y queda dicho, del modo más pleno, aquello que los movimientos fascistas y la Revolución Conservadora deben a Nietzsche: una conciencia históricamente nueva, la conciencia del fatídico advenimiento del nihilismo, esto es, para decirlo con terminología más moderna, de la inminencia del fin de la historia.

Cristianismo, en cuanto proyecto mundano, democracia, liberalismo, socialismo, comunismo, pertenecen todos al campo del igualitarismo, del llamado humanismo. Sus filosofías y sus ideologías difieren, pero todas obedecen a un mismo sistema de valores, todas tienen una misma concepción del mundo y del hombre, todas consciente o inconscientemente proyectan un fin de la historia y son -por consiguiente- desde un punto de vista nietzscheano, nihilistas negativas. El fascismo es el otro campo, que yo he llamado sobrehumanista como referencia al movimiento espiritual que lo ha generado y lo conforma. Romualdi ha sabido poner de manifiesto, a tenor de sus estudios nietzscheanos, el sistema de valores del campo sobrehumanista y fascista. Romualdi es un historiador y se interesa en un fenómeno político: desde el

punto de vista de la política -que es aquel que precisamente le interesa- individualiza y pone de relieve el *principio de acción*, y el *fin* común a todos los movimientos fascistas. Él ha situado el principio de acción -repito- en el sistema de valores propugnado por Nietzsche, y el *fin* común en el *hombre nuevo*, esto es en la fundación de un nuevo comienzo de la historia, más allá del inevitable fin de la historia al cual nos condenan dos mil años de cristianismo y de igualitarismo. Todo esto nos dice de dónde viene el fascismo, qué ha querido y qué quiere, cuál ha sido en el fondo su implícito método de acción (que, dicho sea entre paréntesis, no es otro que el nihilismo positivo, que quiere hacer tabla rasa para construir, sobre las ruinas y con las ruinas, un mundo nuevo). No se dice, empero, qué cosa sea el fascismo, que cosa sea el sobrehumanismo que lo genera, lo sostiene y lo orienta. En una palabra: no se dice cuál es la esencia del fascismo, aun resaltando y afirmando que tal esencia existe. Romualdi es un historiador, no un filósofo de la historia. Ahora bien, lo que sea la esencia del fascismo solamente la filosofía de la historia puede decirlo, en virtud de una reflexión sobre la historia del fascismo, de la misma manera que el propio Romualdi ha sabido -junto a algún otro- sacarla a la luz.

Yo he intentado explicar lo que pueda ser la esencia del fascismo en dos ensayos publicados en estos últimos años: uno se titula precisamente *La esencia del fascismo*; el otro, más amplio, está dedicado a *Wagner, Nietzsche y el mito sobrehumanista*. (...) Me limito a resumir del modo más simple posible el resultado de mis estudios, que pueden considerarse una continuación y una profundización de los de Adriano Romualdi. La esencia del sobrehumanismo, como por lo demás, la de toda tendencia histórica, hay que buscarla en su fundamental concepción del mundo, del hombre y de la historia. Esta concepción, que antes de ser tal nace como inmediato sentimiento e inmediata intuición, está íntimamente ligada al sentimiento y a la concepción del tiempo de la historia. El *tiempo de la historia* es un argumento que a primera vista puede parecer extremadamente arduo, pero de hecho es una noción que todos poseen, incluso sin darse cuenta de ello. El mundo antiguo tenía una concepción cíclica del tiempo de la historia, consideraba que todo momento de la historia estuviera destinado a repetirse. El tiempo mismo de la historia era representado como un círculo, tenía naturaleza lineal. Con el cristianismo nace un nuevo sentimiento del mundo, del hombre, del tiempo de la historia. Este tiempo de la historia permanece lineal; pero ya no es circular, sino más bien segmentario, más exactamente parabólico. La historia tiene un inicio, un apogeo, un fin. Y no se repite. Por otra parte, a la historia se le atribuye un valor negativo: provocada por el pecado original, la historia es atravesada por un valle de lágrimas. El advenimiento del Mesías, apogeo de la historia, pone en marcha la redención, esto es, la liberación del hombre del destino histórico, el apocalipsis, el advenimiento final de un eterno reino celestial. Esta concepción de la historia, mítica en el cristianismo, será posteriormente ideologizada y, en fin, *teorizada* por el marxismo; pero sigue siendo en sus rasgos esenciales la misma: en el lugar del pecado original, encontramos en Marx la invención de la explotación de la naturaleza y del hombre por parte del hombre mismo; la lucha de clases y la alienación que constituyen la travesía del valle de lágrimas, el advenimiento del Mesías se hace mundano en el advenimiento del proletariado organizado del partido comunista y socialista; el Reino de los Cielos deviene reino de la libertad, en el cual es abolida la lucha de clases y, a la vez, la propia historia (que Marx llama prehistoria).

La concepción sobrehumanista del tiempo no es ya lineal, sino que afirma la tridimensionalidad del tiempo de la historia, tiempo indisolublemente ligado a aquel

espacio unidimensional que es la consciencia misma de toda persona humana. Cada consciencia humana es el lugar de un presente; este presente es tridimensional y sus tres dimensiones, dadas todas simultáneamente como son dadas simultáneamente las tres dimensiones del espacio físico, son la actualidad, lo devenido, lo por venir. Esto puede parecer abstruso, pero sólo porque desde hace dos mil años estamos habituados a otro lenguaje. De hecho, el descubrimiento de la tridimensionalidad del tiempo, una vez producido, se revela como una especie de huevo de Colón. En efecto, ¿qué es la consciencia humana, en tanto que lugar de un tiempo inmediatamente dado a cada uno de nosotros? Es, sobre la dimensión personal de lo acaecido, memoria, es decir presencia del pasado; es, sobre la dimensión de la actualidad, presencia de espíritu para la acción; es, sobre la dimensión del porvenir, presencia del proyecto y del fin perseguido, proyecto y fin que, memorizados y presentes en el espíritu, determinan la acción en curso.

Esta concepción tridimensional del tiempo es la única que puede lógicamente afirmar la libertad del hombre, la libertad histórica del hombre.

En la visión cristiana, la historia del hombre está predeterminada por el plan divino, por la llamada providencia; en la marxista, por la materialista ley de la economía, de la cual los hombres pueden sólo tomar conciencia. En estas concepciones de la historia y del hombre, la libertad humana se convierte en realidad en un *flatus vocis*, en el que el porvenir está siempre determinado por el pasado. El sentimiento tridimensional del tiempo revela que el hombre es históricamente libre: el pasado no lo determina ya, no puede determinarlo. Lo que nosotros hemos llamado hasta aquí pasado, pasado histórico, no existe de hecho más que a condición de ser de algún modo presente y presente en la consciencia. En sí, en cuanto pasado, es insignificante o, más exactamente, ambiguo: puede significar cosas opuestas, revestir valores opuestos; y es cada uno de nosotros, desde su personal *presente*, quien decide que debe él significar con relación al porvenir proyectado. El denominado pasado histórico es materia devuelta al estado bruto, materia bruta ofrecida a cada uno de nosotros para construir su propia historia. Esta ambigüedad del pasado se ofrece siempre en modo tanto más concreto a nuestra decisiva significación. Así, por ejemplo, nosotros somos herederos de un mundo europeo, que a su vez puede ser considerado heredero del mundo pagano y de aquel semítico-judaico. Si, desde el presente que es nuestro, estas dos herencias se revelan inconciliables, está en nosotros decidir cuál es nuestro verdadero origen. Adriano Romualdi -digámoslo como inciso- ha sabido también aquí escoger y decidir clara, serenamente: en favor del origen indoeuropeo, con una decisión proveniente de su proyecto de porvenir *europeo*.

Poetas, pensadores, artistas, filósofos conservadores-revolucionarios y fascistas han sabido a menudo dar expresión a este instintivo sentimiento del tiempo tridimensional, ilustrándolo con la imagen de la **esfera** (y no ya, repito, con la del círculo).

Este sentimiento, aun cuando es casi siempre inconsciente, sostiene el pensamiento político y los juicios históricos de los movimientos fascistas y se refleja de forma inmediata en sus vocabularios, junto a una nueva concepción paralela del espacio de la historia, esto es de la sociedad humana. La racionalidad del discurso fascista no puede ser explicada más que con relación al *principio* que lo rige: y este principio por otra parte no es sino la tridimensionalidad del tiempo de la historia. Cuando el fascismo habla en términos de lenguaje recibido, se afirma conservador (o reaccionario) y

simultáneamente revolucionario (o progresista), precisamente porque estos términos no describen ya direcciones opuestas del devenir en el seno de un tiempo tridimensional. En el fascismo, el reclamo a un pasado mítico, elegido entre otros pasados posibles, coincide con la elección misma del proyecto del porvenir: la elección de lo devenido no es otra cosa, por así decirlo, que la memoria misma del porvenir proyectado y, a la vez, la actualidad que en él revive, vive y siempre se apresta a vivir. Aquí está también la razón de la complicada relación que los propios pensadores y hombre políticos fascistas mantienen con la denominada tradición, cuando no han adquirido aún clara conciencia del sentimiento del tiempo que sin embargo les anima. Pues resulta que ellos siguen pensando la *tradición* a la cual se refieren como si esta existiese y tuviera significado independientemente de la elección que han realizado. Todo movimiento fascista se ha reclamado siempre de un *origen*, y con él, de una *tradición*: romanidad en el fascismo mussoliniano, germanidad en el nacionalsocialismo, *realeza católica* de un catolicismo que es aquel imaginario del *dios rubio de las catedrales* en el fascismo murrassiano, y así más. Si la relación de ciertos fascistas con la tradición resulta complicada, no es más -repito- porque no se dan cuenta de lo que entienden por tradición.

Por otra parte, es fácil constatar que los movimientos fascistas se reclaman siempre de una *tradición* perdida o cuando menos sofocada y en mortal peligro. Esto, pensándolo bien, significa que los movimientos fascistas preferían de hecho -frente a una *tradición afirmada* predominante en el seno de una sociedad dada- una *tradición* muerta o, en su defecto, reprimida y condenada a vivir subterráneamente, viva solamente en un restringido círculo de iniciados. El reclamo fascista de la tradición es así de hecho elección **contra** la *tradición* afirmada en las instituciones sociales y en las costumbres de las masas, y es elección de una tradición *perdida*, de una tradición que en realidad ha dejado de ser tal. Precisamente porque el origen **elegido** no es ya el socialmente afirmado, los movimientos fascistas cuando llegan al poder se vuelven notablemente pedagógicos con la pretensión de forjar el **hombre nuevo** de una tradición venidera que todavía no es. Adversarios del fascismo han hablado a este respecto -cito a Hans Mayer- de "detestable confusión del pasado y porvenir, de nostalgia de los orígenes y utopía del futuro". Pero lo que para los adversarios del fascismo aparece como detestable desde un punto de vista ético y desde el punto de vista de la racionalidad, es precisamente la **esencia** del fascismo, es la concepción nueva del tiempo de la historia, de un tiempo tridimensional en el que pasado y futuro, origen y fin histórico, no se contradicen y oponen, sino que por contra armoniosamente juntos constituyen, con la actualidad, el presente mismo de la consciencia histórica nueva alcanzado por el hombre nuevo fascista.

La concepción sobrehumanista del tiempo, decía, vuelve manifiesta la libertad histórica del hombre. Esta libertad histórica del hombre conlleva el enfrentamiento y la lucha en el cuadro de un destino heroico y trágico a la vez. Toda acción histórica en vista de un fin histórico es libre, no depende de otra cosa que de sí misma y de su éxito, no está escrita, por consiguiente, en ninguna fatalidad. La historia misma de la humanidad es libre, no predeterminada, porque se deriva de la libertad histórica del hombre.

La historia es siempre, en todo su presente, elección entre posibilidades opuestas. El fin mismo de la historia es una posibilidad, justamente porque el hombre es libre en todo momento de elegir **contra la** propia libertad, libre de abolir la propia historicidad, libre de poner fin a la historia. Esta es la elección nihilista de la cual hablaba Adriano Romualdi en la conclusión de su ensayo sobre Nietzsche, la elección realizada

consciente o inconscientemente por el campo igualitarista. La otra elección es la elección de la propia historicidad humana, elección -como decía Martin Heidegger- de un nuevo "más originario origen", que es también un nuevo origen de historia. Escoger esta posibilidad significa escoger a los míticos antepasados que eligieron en favor de la historia, y al mismo tiempo significa querer convertirse en los antepasados de una humanidad nueva, regenerada.

Las últimas palabras del ensayo de Adriano Romualdi sobre Nietzsche son una cita de algunos versos de Gottfried Benn, poeta particularmente estimado por él. Querría, en su nombre recordarlas hoy:

**"Y al final es preciso callar y actuar
sabiendo que el mundo se derrumba
pero tener empuñada la espada
para la última hora..."**

Callar: porque nuestro discurso -fuera de nuestras catacumbas- es discurso fuera de la ley. Pero aun callando actuar en obediencia a aquel principio y a aquellos ideales que, desde siempre son los nuestros.

(1) La mención que hace el autor a la Revolución Conservadora que se hace no se refiere a las políticas liberales ejercidas a comienzos de los años 80 por los gobiernos de Thatcher y Reagan ni a sus ideólogos, sino que hace mención a los intelectuales que a comienzos de este siglo plantearon en Alemania una alternativa teórica al capitalismo y al marxismo y que en opinión del autor constituye el particular Fascismo alemán del que el nacionalsocialismo sería una de sus formas. Ver por ejemplo *Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1933* de Armin Möhler o *Konservative Revolution. Introducción al nacionalismo alemán, 1918-1932* de Giorgio Locchi y Robert Steuckers. ndr.

**Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007**

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

por Giorgio Locchi

Muchos se preguntan hoy por el sentido de la historia, es decir, por el *fin* y por el *significado* de los fenómenos históricos. El objeto de este artículo es el examen de las respuestas que nuestra época da a esta doble cuestión, tratando de reconducirlas, pese a su aparente multitud, a dos tipos fundamentales, rigurosamente antagónicos y contradictorios.

Pero, ante todo, es necesario arrojar luz sobre el significado que damos al término historia. Esta puntualización de vocabulario tiene su importancia. Hablamos a veces de historia natural, de historia del cosmos, de historia de la vida. Se trata, ciertamente, de imágenes analógicas. Pero toda analogía, en el momento en que subraya poéticamente una semejanza, implica también lógicamente una diversidad fundamental. El universo macrofísico, en realidad, no tiene historia: como nosotros lo percibimos, como podemos representárnoslo, no hace más que cambiar de *configuración* a través del tiempo. Tampoco la vida tiene historia: su devenir consiste en una evolución: evoluciona. Se comprende, por tanto, que la historia es el *modo de devenir del hombre* (y sólo del hombre) *en cuanto tal*: sólo el hombre *deviene históricamente*. Por consiguiente, plantearse la cuestión de si la historia tiene un sentido, es decir un significado y un fin, equivale en el fondo a preguntarse si el hombre, que *es* en la historia y que (voluntariamente o no) *hace* la historia, tiene él mismo un sentido, si su participación en la historia es o no una actitud racional.

Tres periodos sucesivos

Por todas partes, hoy, la historia está bajo acusación. Se trata, como veremos, de un fenómeno antiguo. Pero hoy la acusación se hace más vehemente, más explícita que nunca. Es una condena total y sin apelación la que se nos pide que pronunciemos. La historia, se nos dice, es la consecuencia de la alienación de la humanidad. Se invoca, se propone, se proyecta el *fin de la historia*. Se predica el retorno a una especie de estado de naturaleza enriquecido, la interrupción del crecimiento, el fin de las tensiones, el retorno al equilibrio tranquilo y sereno, a la felicidad modesta, pero asegurada, que sería la de toda especie viviente. Nos vienen inmediatamente a la memoria los nombres de algunos de estos teóricos, como los de Herbert Marcuse y Claude Lèvi-Strauss, cuyas doctrinas son bien conocidas.

La idea de un fin de la historia puede parecer una de las más modernas. En realidad, no lo es en absoluto. En efecto, basta con examinar las cosas con mayor atención para darse cuenta de que esta idea no es más que el punto en que lógicamente desemboca una corriente de pensamiento que tiene una antigüedad de, al menos, dos mil años y que, desde hace dos mil años, domina y *conforma* lo que llamamos civilización occidental. Esta corriente de pensamiento es la del pensamiento *igualitario*. Expresa una voluntad igualitaria, que fue instintiva y casi ciega en sus inicios, pero que, en nuestra época, se ha convertido en algo perfectamente consciente de sus aspiraciones y de su objetivo final. Ahora, este objetivo final del proyecto igualitario es precisamente el fin de la historia, la *salida* de la historia.

El pensamiento igualitario ha atravesado en el curso de los siglos tres periodos sucesivos. En el primero, que corresponde al nacimiento y al desarrollo del cristianismo, se ha constituido en forma de *mito*. Este término no sobrentiende nada negativo. Llamamos mito a todo discurso que, desarrollándose a partir de sí mismo, crea, al mismo tiempo, su lenguaje, dando así a las palabras un *sentido nuevo*, y apela, recurriendo a símbolos, a la imaginación de aquellos a quienes se dirige. Los elementos estructurales de un mito se llaman *mitemas*. Constituyen una *unidad de contrarios*, pero estos contrarios, no habiéndose separado todavía, permanecen ocultos, por así decirlo, invisibles. En el proceso de desarrollo histórico, la unidad de estos mitemas explota, dando, por tanto, nacimiento a ideologías enfrentadas. Ha sucedido así con el cristianismo, cuyos mitemas han acabado generando las iglesias, luego las teologías y, finalmente, las ideologías enfrentadas (como la de la revolución americana y la de la revolución francesa).

El abrirse y la difusión de estas ideologías corresponde al segundo periodo del igualitarismo. En relación con el mito, las ideologías proclaman ya unos principios de acción, pero todavía no extraen de ellos las consecuencias, lo que hace que así su práctica sea hipócrita, escéptica e ingenuamente optimista.

Se llega, de esta forma, al tercer periodo, en el cual las ideas contradictorias generadas por los mitemas originales se resuelven en una unidad, que es la del *concepto sintético*. El pensamiento igualitario, animado ya por una voluntad que ha llegado a ser plenamente consciente, se expresa en una forma que se decreta científica. Pretende ser una *ciencia*. En el desarrollo que nos interesa, este estadio corresponde a la aparición del marxismo y de sus derivados (Cf. en particular, la doctrina de los Derechos del Hombre)

El *mito*, las *ideologías*, la pretendida *ciencia* igualitaria expresan, por así decirlo, los niveles sucesivos de conciencia de una misma voluntad; fruto de una misma *mentalidad*, presentan siempre la misma estructura fundamental. Lo mismo sucede, naturalmente, con las concepciones de la historia que derivan de ella, y que no difieren entre sí más que por la forma y por el lenguaje utilizado en el discurso. Sea cual sea su forma histórica, la visión igualitaria de la historia es una visión *escatológica*, que atribuye a la historia un valor negativo y no le reconoce ningún sentido más que en la medida en que el movimiento histórico tiende, con su propio movimiento, a su negación y a su fin.

Restitución de un momento dado

Si se examina la Antigüedad pagana, se observa cómo esta ha oscilado entre dos visiones de la historia, de la que una no era más que la antítesis con respecto a la otra: ambas concebían el devenir histórico como una sucesión de instantes en la cual todo instante presente delimita siempre, por un lado el pasado, por el otro el porvenir. La primera de estas versiones propone una imagen *cíclica* del devenir histórico. Implica la repetición eterna de instantes, de hechos y de periodos dados. Es lo que expresa la fórmula *nihil sub sole novi*. La segunda, que, por lo demás, acabará resolviéndose en la primera, propone la imagen de una línea recta que tiene un inicio, pero no un fin, no por lo menos un fin imaginable y previsible.

El cristianismo, en cierta medida, ha llevado a cabo una síntesis de estas dos visiones antiguas de la historia, sustituyéndolas con una concepción que se ha definido como *lineal*, y que es, en realidad, segmentaria. En esta visión la historia tiene un inicio, pero también tiene que tener un fin. No es más que un episodio, un accidente en el ser de la humanidad. El verdadero ser del hombre es exterior a la historia. Y el fin de la historia se considera que nos devuelve, sublimándolo, lo que se encontraba en el principio. Como en la visión cíclica, hay, por tanto, en la visión fragmentaria una *conclusión por la restitución de un momento dado*, pero al contrario de lo que sucede en el ciclo, este momento se sitúa ya fuera de la historia, fuera del devenir histórico; apenas restituido se congelará en una inmutable eternidad; el momento histórico, al haberse cumplido, ya no se reproducirá más. Asimismo, como en la visión segmentaria, hay un inicio de la historia pero a este inicio se añade un fin, de modo que la verdadera eternidad humana no es la del *devenir* sino la del *ser*.

Este *episodio* que es la historia se percibe, desde la perspectiva cristiana, como una verdadera maldición. La historia deriva de *una condena del hombre por parte de Dios*, condena a la infelicidad, al trabajo, al sudor y a la sangre, que sanciona una culpa cometida por el hombre. La humanidad que vivía en la feliz inocencia del jardín del Edén, ha sido condenada a la historia porque Adán, su antepasado, ha transgredido el mandamiento divino, ha probado el fruto del Árbol de la ciencia, y ha querido ser similar a Dios. Esta culpa de Adán, en cuanto pecado original, pesa sobre todo individuo que viene al mundo. Es inexplicable por definición, ya que el ofendido es Dios mismo. Pero Dios, en su infinita bondad, acepta hacerse cargo él mismo de la expiación: se hace hombre encarnándose en la persona de Jesús. El sacrificio del Hijo de Dios introduce en el devenir histórico el advenimiento esencial de la Redención. Sin duda, esta sólo concierne a los individuos tocados por la Gracia. Pero hace ya posible el lento camino hacia el fin de la historia, para el cual la comunidad de los santos deberá preparar a la humanidad. Al final, llegará un día en que las fuerzas del Bien y del Mal se enfrentarán en una última batalla, que desembocará en un Juicio final y, por tanto, en la instauración de un Reino de los cielos que tiene su correspondencia dialéctica en el abismo del Infierno.

El *Edén* antes del inicio de la historia, el *pecado original*; la expulsión del jardín del Edén; la *travesía* por este valle de lágrimas que es el mundo, lugar del devenir histórico; la *Redención*; la *comunidad de los santos*, la *batalla apocalíptica* y el *Juicio final*; el fin de la historia y la instauración de un *Reino de los cielos*: tales son los mitemas que estructuran la visión mítica de la historia propuesta por el cristianismo, visión en la que el devenir histórico del hombre tiene un valor puramente negativo y el sentido de una expiación.

La visión marxista

Los mismos mitemas se encuentran idénticamente pero con una forma laicizada y pretendidamente científica en la visión marxista de la historia. Empleando el término marxista no tenemos la intención de participar en el debate, muy de moda hoy, sobre lo que sería el verdadero pensamiento” de Marx. En el curso de su existencia Karl Marx ha pensado cosas muy diferentes y se podría discutir largo y tendido para saber cuál es el verdadero Marx. Nos referimos, por tanto, al marxismo *recibido* que ha sido durante mucho tiempo, y que, en resumidas cuentas, sigue siendo hasta ahora, la doctrina de los partidos comunistas y de los Estados que se reconocen en la interpretación leninista.

En esta doctrina la historia es presentada como el resultado de una *lucha de clases*, es decir, de una lucha entre grupos humanos que se definen por sus respectivas condiciones económicas; el jardín del Edén de la prehistoria se encuentra en esta versión en el comunismo primitivo practicado por una humanidad todavía inmersa en el estado de naturaleza y puramente *predadora*. Mientras en el Edén el hombre padecía las constricciones resultantes de los mandamientos de Dios, las sociedades comunistas prehistóricas vivían bajo la presión de la miseria. Esta presión ha llevado a la invención de los medios de producción agrícola, pero esta invención se ha revelado también como una maldición. Implica, en efecto, no sólo la explotación de la naturaleza por parte del hombre, sino también la división del trabajo, la explotación del hombre por el hombre y, por consiguiente, la alienación de todo hombre respecto a sí mismo. La lucha de clases es la consecuencia implícita de esta explotación del hombre por el hombre. Su resultado es la historia.

Como se ve, son las condiciones económicas las que determinan para los marxistas los comportamientos humanos. Por concatenación lógica, estos últimos conducen a la creación de sistemas de producción siempre nuevos, que causan a su vez condiciones económicas nuevas, y, sobre todo, una miseria cada vez mayor de los explotados. Sin embargo, también ahí, interviene una *Redención*. Con el advenimiento del sistema capitalista, la miseria de los explotados alcanza, en efecto, su culminación: llega a ser *insoportable*. Los proletarios toman entonces conciencia de su condición, y esta toma de conciencia redentora tiene por efecto la organización de los partidos comunistas, exactamente como la redención de Jesús había llevado a la fundación de una comunidad de santos.

Los partidos comunistas emprenderán una lucha apocalíptica contra los explotadores. Esta podrá ser difícil, pero será necesariamente victoriosa (es el sentido de la historia). Llevará a la abolición de las clases, pondrá fin a la alienación del hombre, permitirá la instauración de una sociedad comunista inmutable y sin clases. Y así como la historia es el resultado de la lucha de clases, evidentemente, ya no habrá historia. El comunismo prehistórico será restituido, como el jardín del Edén del Reino de los cielos, pero de modo sublimado: mientras la sociedad comunista primitiva estaba afligida por la miseria material, la sociedad comunista post-histórica se beneficiará de una satisfacción perfectamente equilibrada de sus necesidades.

Así, en la visión marxista, la historia asumirá igualmente un valor: negativo. Nacida de la alienación original del hombre, no tiene sentido más que en la medida en que, aumentando incesantemente la miseria de los explotados, contribuye, por fin, a crear las condiciones en las cuales esta miseria desaparecerá, y trabaja de algún modo para su propio fin.

Una determinación de la historia

Estas dos visiones igualitarias de la historia, la visión religiosa cristiana y la visión laica marxista, ambas segmentarias, ambas escatológicas, implican lógicamente, la una y la otra, una *determinación* de la historia que no es obra del hombre, sino de algo que lo trasciende. El cristianismo y el marxismo no se esfuerzan ni siquiera en negarlo. El cristianismo atribuye al hombre un libre albedrío que le permite afirmar que Adán, al haber elegido libremente pecar, es el único responsable de su culpa, es decir, de su imperfección. Es, por tanto, Dios el que ha hecho (y, así, el que ha querido) que Adán sea imperfecto. Por su parte, los marxistas afirman a veces que es el hombre el que hace la historia, o, más exactamente, los hombres en tanto que pertenecientes a una clase social. De lo que resulta, sin embargo, que las clases sociales están determinadas y definidas por las condiciones económicas. Resulta, también, que es la miseria original la que ha obligado a los hombres a entrar en la sanguinaria concatenación de la lucha de clases. El hombre no es, por tanto, *activado* más que por su condición económica. Es el hazmerreír de una situación que tiene su origen en la naturaleza misma en tanto que juego de fuerzas materiales.

De esto resulta que cuando el hombre juega un papel en las visiones igualitarias de la historia, es un papel de una obra que no ha escrito, que no podrá haber escrito; y esta obra es una farsa trágica, vergonzosa y dolorosa. La dignidad, como la verdad auténtica del hombre, se sitúan fuera de la historia, antes y después de la historia.

Por otra parte, toda cosa posee en sí su propia antítesis relativa. La visión escatológica de la historia posee también su antítesis relativa, igualitaria también esta, que es la teoría del *progreso indefinido*. En esta teoría el movimiento histórico es representado como tendente de forma constante hacia un punto cero que no se alcanza nunca. Este progreso puede ir en el sentido de un cada vez mejor, excluyendo, no obstante, la idea de un bien

perfecto y absoluto: es un poco la visión ingenua de la ideología americana, ligada al *american way of life*, es también la de cierto marxismo desengañado. Puede ir también en el sentido de un cada vez peor, sin que la medida del mal alcance nunca su culminación: es un poco la visión pesimista de Freud, que no veía cómo esta infelicidad que es la civilización podría cesar de reproducirse algún día (hay que observar, por otra parte, que esta visión pesimista del freudismo está actualmente en fase de ser reabsorbida, sobre todo, por parte de Marcuse y de los freudomarxistas, en la tesis escatológica del marxismo, después de haber desempeñado la función que siempre ha desempeñado toda antítesis desde la invención del Diablo, es decir: una función *instrumental*)

Animar otra voluntad

Como todo el mundo sabe, es a Friedrich Nietzsche a quien se remonta la reducción del cristianismo, de la ideología democrática y del consumismo al común denominador del igualitarismo. Pero es también a Nietzsche a quien se remonta el segundo tipo de visión de la historia, que, en la época actual, se opone (subterráneamente a veces, pero con mucha más tenacidad) a la visión escatológica y segmentaria del igualitarismo. Nietzsche, en efecto, no sólo ha querido analizar, sino también *combatir* el igualitarismo. Ha querido inspirar, suscitar un *proyecto* opuesto al proyecto igualitario, animar otra voluntad, alentar un juicio de valor diametralmente distinto. Por este motivo su obra presenta dos aspectos, ambos complementarios. El primer aspecto es propiamente crítico; se podría decir incluso *científico*. Su objetivo es arrojar luz sobre la *relatividad* de todo juicio de valor, de toda moral e, incluso, de toda verdad pretendidamente absoluta. De tal manera evidencia la relatividad de los principios absolutos proclamados por el igualitarismo. Pero junto a este aspecto crítico, existe otro, que podríamos definir *poético*, ya que esta palabra deriva del griego *poiein*, que significa hacer, crear. Con este trabajo poético, Nietzsche se esfuerza por dar vida a *un nuevo tipo de hombre*, ligado a nuevos valores y que extrae sus principios de acción de una ética que no es la del Bien y del Mal, sino una ética que es legítimo definir como *sobrehumanista*.

Para dar una imagen de lo que podría ser una sociedad humana fundada sobre los valores que propone, Nietzsche ha recurrido casi siempre al ejemplo de la sociedad griega arcaica, a la más antigua sociedad romana, y también a las sociedades ancestrales de la antigüedad indoeuropea, aristocrática y conquistadora. Eso lo sabe casi todo el mundo. Por contra, no se presta la suficiente atención al hecho de que Nietzsche, al mismo tiempo, advierte contra la ilusión que consiste en creer que sería posible hacer volver a los Griegos”, es decir, resucitar el mundo antiguo precristiano. Ahora, este detalle es de una importancia extrema, porque nos ofrece una clave necesaria para comprender mejor la visión nietzscheana de la historia. Nietzsche ha ocultado voluntariamente, codificado, se podría decir, el sistema organizador de su pensamiento. Lo ha hecho, como dice expresamente, en conformidad con cierto sentimiento aristocrático: tiene la intención de vetar a los inoportunos el acceso a su casa. Es la razón por la que se contenta con

entregarnos todos los elementos de su concepción de la historia, sin revelarnos nunca cómo hay que combinarlos.

Además, el lenguaje adoptado por Friedrich Nietzsche es el *lenguaje del mito*, lo que no hace más que añadir dificultades de interpretación. La tesis aquí expuesta no es, por tanto, nada más que una posible interpretación del mito nietzscheano de la historia; pero se trata de una interpretación que tiene su peso histórico, ya que ha inspirado todo un movimiento metapolítico de poderosas prolongaciones, a veces, definido como revolución conservadora, y que es también la interpretación de aquellos que, reconociéndose en Nietzsche, se adhieren más íntimamente a sus declaradas intenciones antiigualitarias.

Los elementos, los mitemas que se vinculan a la visión nietzscheana de la historia son principalmente tres: el mitema del *último hombre*, el del advenimiento del *superhombre* y, finalmente, el del *Eterno retorno* de lo Idéntico.

El Eterno retorno

A los ojos de Nietzsche, el *último hombre* representa el mayor peligro para la humanidad. Este último hombre pertenece a la inextinguible raza de los piojos. Aspira a una pequeña felicidad que sería igual para todos. Quiere el fin de la historia porque la historia es generadora de *acontecimientos*, es decir, de conflictos y de tensiones que amenazan esta pequeña felicidad. Se burla de Zarathustra que predica el advenimiento del *superhombre*. Para Nietzsche, en efecto, el hombre no es más que un puente entre el mono y el superhombre, lo que significa que el hombre y la historia no tienen sentido más que en la medida en que tienden a una *superación* y, para hacer esto, no dudan en aceptar su desaparición. El superhombre corresponde a un fin, a un fin dado en cada momento y que quizás es imposible alcanzar; mejor, un fin que, en el instante mismo en que se alcanza, se vuelve a proponer un nuevo horizonte. En tal perspectiva, la historia se presenta, por tanto, como una *perpetua superación del hombre por parte del hombre*.

Sin embargo, en la visión de Nietzsche, hay un último elemento que parece, a primera vista, contradictorio con respecto al mitema del superhombre, el del Eterno retorno. Nietzsche afirma, en efecto, que el Eterno retorno de lo Idéntico domina el devenir histórico, lo que, a primera vista, parece indicar que nada nuevo puede producirse, y que toda superación queda excluida. El hecho es, por lo demás, que este tema del Eterno retorno ha sido a menudo interpretado en el sentido de una concepción cíclica de la historia, concepción que recuerda mucho la de la antigüedad pagana. Se trata, desde nuestro punto de vista, de un serio error contra el que el propio Nietzsche nos puso en guardia. Cuando, bajo el Pórtico que lleva el nombre de Instante, Zarathustra interroga al Espíritu de la Pesadez sobre el significado de dos caminos eternos que, viniendo de direcciones opuestas, se reúnen en aquel punto preciso, el Espíritu de la Pesadez responde: Todo lo recto miente, la verdad es curva, también el tiempo es un círculo.

Entonces, Zarathustra replica con violencia: *Espíritu de la Pesadez, no tomes tan a la ligera la cosa.*

En la visión nietzscheana de la historia, contrariamente al caso de la antigüedad pagana, los instantes no son vistos, por tanto, como puntos que se suceden sobre una línea, sea esta recta o circular. Para comprender sobre qué se apoya la concepción nietzscheana del tiempo histórico, más bien, hay que poner esta en paralelo con la concepción relativista del universo físico tetradimensional. Como se sabe, el universo einsteniano no puede ser representado sensiblemente, ya que nuestra sensibilidad, siendo de orden biológico, no puede tener más que representaciones tridimensionales. Al mismo tiempo, en el universo histórico nietzscheano el devenir del hombre se concibe como un conjunto de momentos de los que cada uno forma una *esfera* en el interior de una hiperesfera tetradimensional, *en que cada momento puede, por consiguiente, ocupar el centro con respecto a los otros.* Desde esta perspectiva, la actualidad de todo momento no se llama ya presente. Al contrario, presente, pasado y porvenir coexisten en todo momento: son las tres dimensiones de todo momento histórico. ¿Acaso no cantan los animales de Zarathustra a su Maestro: *En cada instante comienza el ser; en torno a todo aquí gira la esfera allá. El centro está en todas partes. Curvo es el sendero de la eternidad?*

La elección que se ofrece a nuestra época

Todo esto puede parecer complicado, del mismo modo que la teoría de la relatividad es también complicada. Para ayudarnos, acudamos a algunas imágenes. El pasado, para Nietzsche, no corresponde en absoluto a lo que ha sido de una vez por todas, elemento congelado para siempre que el presente dejaría detrás de sí. Del mismo modo, el porvenir ya no es el efecto obligatorio de todas las causas que le han precedido en el tiempo y que le determinan, como en las visiones lineales de la historia. En todo momento de la historia, en toda actualidad, pasado y porvenir son, por así decirlo, nuevamente cuestionados, se configuran según una nueva perspectiva, conforman *otra verdad.* Se podría decir, para usar otra imagen, que el pasado no es otra cosa que el *proyecto al cual el hombre conforma su acción histórica,* proyecto que trata de realizar en función de la imagen que se forma de sí mismo y que se esfuerza por encarnar. El pasado aparece, entonces, como una *prefiguración del porvenir.* Es, en sentido propio, la imaginación del porvenir: que viene a ser uno de los significados canalizados por el mitema del Eterno retorno.

Por consiguiente, está claro que, en la visión que nos propone Nietzsche, el hombre asume *la total responsabilidad del devenir histórico.* La historia es su obra. Lo que viene a significar que asume también la total responsabilidad de sí mismo, que es verdadera y totalmente libre: *faber suae fortunae.* Esta libertad es una libertad auténtica, no una libertad condicionada por la Gracia divina o por las constricciones de una situación material económica. Es también una libertad *real,* es decir, una libertad que consiste en la posibilidad de elegir entre *dos opciones opuestas,* opciones existentes en todo momento

de la historia y, que, siempre, cuestionan nuevamente la totalidad del Ser y del devenir del hombre (si estas opciones no fuesen siempre *realizables*, la elección no sería más que una falsa elección, la libertad, una falsa libertad, la autonomía del hombre, una apariencia).

Ahora, ¿cuál es la elección que se ofrece a los hombres de nuestra época? Nietzsche nos dice que esta elección debe hacerse entre el último hombre, es decir, el hombre del fin de la historia, y el impulso hacia el superhombre, es decir, la *regeneración de la historia*. Nietzsche considera que estas dos opciones son tan reales como fundamentales. Afirma que el fin de la historia es *posible*, que debe ser examinado seriamente, del mismo modo que es *posible* su contrario: la regeneración de la historia. En última instancia, el resultado dependerá de los hombres, de la elección que lleven a cabo entre ambos campos, el del movimiento igualitario que Nietzsche llama el movimiento del último hombre, y el otro movimiento, que Nietzsche se ha esforzado por suscitar, que ya ha suscitado, y que él llama su movimiento.

Dos sensibilidades

Visión *lineal* y visión *esférica* de la historia: nos encontramos aquí enfrentados a dos sensibilidades diferentes que no han dejado de oponerse, que se oponen y que seguirán oponiéndose. Estas dos sensibilidades coexisten en la época actual. Ante un espectáculo como el de las Pirámides, por ejemplo, la sensibilidad igualitaria verá, desde el punto de vista moral, un símbolo execrable, ya que sólo la esclavitud, la explotación del hombre por el hombre, han permitido la concepción y la realización de estos monumentos. La otra sensibilidad, al contrario, se sentirá impresionada, ante todo, por la *unicidad* de esta expresión artística y arquitectónica, por todo lo que supone de grande y espantoso en el hombre que se atreve a hacer la historia y que desea dar forma a su destino.

Tomemos otro ejemplo. Oswald Spengler, en una página famosa, ha recordado a aquel centinela romano que, en Pompeya, se dejó sepultar por la lava porque ningún superior le había dado el relevo. Para una sensibilidad igualitaria, ligada a una visión segmentaria de la historia, tal gesto está totalmente desprovisto de *sentido*. En última instancia, no puede más que condenarlo, al mismo tiempo que condena la historia, porque, a sus ojos, este soldado ha sido víctima de una ilusión o de un error inútil. Al contrario, el mismo gesto resultará *ejemplar* desde el punto de vista de la sensibilidad trágica y sobrehumanista, que comprende, intuitivamente se podría decir, que este soldado romano no había llegado a ser verdaderamente un hombre más que conformándose a la imagen que se forjó de sí, es decir, la imagen de un centinela de la ciudad imperial.

Hemos citado a Spengler. Esto nos lleva a plantear, después de él, el problema del destino de Occidente. Spengler, como se sabe, era pesimista. Según él, el fin de Occidente está próximo, y el hombre europeo, como el soldado de Pompeya, no puede más que *mantener su propia función* hasta el final, antes de perecer como un héroe trágico

abrazando su mundo y su civilización. Pero en 1980 (época de la primera publicación del presente artículo) es *al fin de toda la historia* a lo que tiende Occidente.

Es al retorno a la felicidad inmóvil de la especie a lo que apelan sus deseos, sin ver en tal perspectiva nada trágico, más bien, al contrario. El Occidente igualitario y universalista tiene vergüenza de su pasado. Siente horror por su especificidad que ha creado su superioridad durante siglos, mientras en su subconsciente se abría camino la moral que se ha dado. Porque este Occidente bimilenario es también un Occidente judeocristiano que ha acabado *descubriéndose como tal*, y que hoy saca las consecuencias correspondientes. Ciertamente, este Occidente también ha transmitido durante mucho tiempo una herencia griega, latina, germánica, romana, y de ello ha hecho su *fuera*. Pero las masas occidentales, privadas de verdaderos maestros, reniegan de esta herencia indoeuropea. Sólo pequeñas minorías, esparcidas por acá y por allá, miran con nostalgia las realizaciones de sus más lejanos antepasados, se inspiran en valores que fueron suyos, y sueñan con resucitarlos. Tales minorías pueden parecer risibles y, quizás, lo sean efectivamente. Y, sin embargo, una minoría, tal vez incluso ínfima, puede siempre llegar a guiar a una masa.

Esta es la razón por la cual el Occidente moderno, este Occidente nacido del compromiso constantiniano y del *in hoc signo vincas*, ha caído en la esquizofrenia. En su inmensa mayoría, quiere el fin de la historia y aspira a la felicidad en la regresión. Y al mismo tiempo, estas pequeñas minorías tratan de fundar una nueva aristocracia y tienen la esperanza de un nuevo Retorno que, en cuanto tal, no podrá producirse nunca (los Griegos no vuelven), pero que puede mutarse en una *regeneración de la historia*.

Hacia una regeneración de la historia

Aquellos que han adoptado una visión lineal o segmentaria de la historia tienen la certeza de estar del lado de Dios, como dicen los unos, de ir en el sentido de la historia”, como dicen los otros. Sus adversarios *no pueden tener ninguna certeza*. Si se cree que la historia la hace el hombre y sólo el hombre, si se cree que el hombre es libre y que libremente forja su destino, hay que admitir que esta libertad puede, en último término, volver a cuestionar, e incluso abolir, la historicidad misma del hombre. Les es preciso, repitámoslo, considerar que *el fin de la historia es posible*, aunque es una eventualidad que rechazan y contra la que se baten. Pero si el fin de la historia es posible, también la *regeneración* de la historia lo es, en todo momento. Porque la historia no es ni el reflejo de una voluntad divina, ni el resultado de una lucha de clases predeterminada por la lógica de la economía, sino el resultado de una lucha que emprenden los hombres entre sí en nombre de las imágenes que se forman respectivamente de ellos mismos y a las cuales, realizándolas, tratan de adecuarse.

En la época en que vivimos, algunos no encuentran otro sentido en la historia más que en la medida en que esta tiende a la negación de la condición histórica del hombre. Para

otros, al contrario, el sentido de la historia no es otro que el sentido de una imagen del hombre, una imagen usada y consumida por la marca del tiempo histórico. Una imagen dada en el pasado, pero que conforma siempre su actualidad. Una imagen que no pueden realizar más que con una regeneración del tiempo histórico. Estos saben que Europa no es ya más que un cúmulo de ruinas. Pero, con Nietzsche, saben también que una estrella, si ha de nacer, nunca puede empezar a brillar más que en un caos de polvo oscuro.

Giorgio Locchi

Mito y Comunidad

por Giorgio Locchi

Con un siglo de adelanto, **Friedrich Nietzsche** había previsto todos, o casi todos, los fenómenos que caracterizan nuestra época, como el ascenso del nihilismo anarquista, la epidemia neurótica, el auge extraordinario de un arte-espectáculo rebajado a un nivel circense o el comercio de la lujuria. La verificación de las profecías nietzscheanas debería despertar a los espíritus, invitarles a la reflexión. No ha sido así, lo cual es fatal. Cuando Nietzsche establecía para las sociedades occidentales un diagnóstico de decadencia, no hacía más que prever el desarrollo normal de la enfermedad. Ahora bien, lo característico de esta enfermedad, la decadencia, es la ceguera que afecta al enfermo acerca de su propio estado. Cuanto más enfermo está, más sano cree estar. Una sociedad decadente es así tanto más progresista cuanto más avanza hacia el desenlace fatal de su enfermedad.

Echemos un vistazo a nuestro alrededor. Todos, desde el liberal más o menos avanzado al comunista más o menos atrasado, creen visceralmente en el progreso, están íntimamente convencidos de vivir una era de progreso e, incluso, del progreso definitivo. Se ven toda clase de fenómenos sociales que, a través de la historia, han caracterizado siempre la agonía de los pueblos y las culturas. Desde el feminismo al fulgurante ascenso social de los histriones y de la gente del espectáculo, de la disgregación de las células sociales tradicionales (para nosotros, la familia), a las tentativas efímeras, siempre repetidas, de remplazarlas por, no se sabe qué colectivos, del universalismo masoquista a la demolición de toda norma social obligatoria para el individuo. Se ha llegado a la más absoluta incapacidad para aprender las lecciones de la historia, lo que a veces lleva a pensar que la historia carece de sentido.

Otro trazo característico de la decadencia avanzada es la mediocridad de los sentimientos. Se discute con saña, pero se tolera. Todavía se hace la guerra, fría si es posible, pero en nombre del amor, para liberar al otro. Es obligatorio odiar, pero se odia a la abstracción del Otro, nunca al otro en su realidad. Se odia, según el campo en que uno se encuentre, al terrible capitalismo occidental o al horrible régimen comunista, pero se ama al pueblo ruso, se ama al gran pueblo americano. Las sociedades decadentes ya no saben amar ni odiar, les ha invadido la tibieza, porque la vida les está abandonando, su fuerza vital casi ha desaparecido. Esa fuerza vital que da la vida a las sociedades, las organiza y las lanza al peligroso camino de la historia, y que puede recibir muchos nombres. **Dostoïevski** la llamaba Dios y decía que cuando un pueblo ha perdido su Dios, solo puede agonizar y morir. Friedrich Nietzsche anunció a las sociedades occidentales que su Dios había muerto y que ellas también iban a morir. **Paul Valery**, a su manera, ha sentido la misma verdad. Para mí, “Dios” es una definición demasiado estrecha, demasiado “occidental”,

de lo que es la fuerza vital de una sociedad. Lo divino sólo es un elemento, un aspecto de esta fuerza vital que, más bien yo llamaría, en toda su complejidad, MITO.

Lo característico del mito, tal como yo lo entiendo, es el entrar en la historia creándose a sí mismo, es decir, creando y organizando sus propios elementos. **El Mito es esa fuerza histórica que da vida a una comunidad, la organiza, la lanza hacia su destino.** El Mito es, ante todo, un sentimiento del mundo, un sentimiento del mundo compartido y, en cuanto tal, él es y él crea objetivamente el lazo social y, al mismo tiempo, la norma comunitaria. Estructura la comunidad, la da su estilo de vida, estructura también las personalidades individuales. Ese sentimiento del mundo es, por otra parte, el origen de una *visión del mundo*, de las expresiones coherentes del pensamiento. La historia nos enseña que cada pueblo, cada civilización ha tenido su Mito. En la perspectiva abierta por nuestro presente social, se tiene la impresión de que los Mitos se ligan siempre a una fase primordial y superada del devenir humano. Que el Mito sea, por así decirlo, la manifestación propia de la infancia de la humanidad, es un lugar común de la reflexión histórica moderna. Es el punto de vista, inevitable, de un pensamiento que es el reflejo de la vejez de una civilización. Cuando el mito ha muerto, cuando se le mira desde fuera, aparece como un conjunto de creencias más o menos fantásticas, como una colección de relatos imaginarios, extrañamente confusos, siempre contradictorios. Si se intenta, por la imaginación posterior, relacionarlo con la vida y la historia, el Mito parece moverse contra el sentido del tiempo, lo que hizo afirmar a **Mircea Eliade** que el Mito es nostalgia de los orígenes. Pero no se puede estudiar la vida sobre un cadáver. Un Mito vivo se reconoce por todo lo contrario, por el hecho de que es armonía, fusión y **unidad de contrarios**. Lo que quiere decir simplemente que los hombres que viven en el campo del Mito y que son organizados por él, no percibirán como contradictorio todo lo que parecerá contradictorio a los que están fuera. El Mito es viva fuerza creadora y lo demuestra justamente por esa creación que infatigablemente reduce y armoniza los contrarios. Hubo un nombre para esa virtud reductora de contradicciones: la fe. Racionalmente, estamos en un círculo vicioso, otra forma de contradicción: el Mito es sólo verdadero por la fe, pero la fe sólo vive del Mito, la fe sólo es creada por el Mito.

Los que vivimos el Mito conocemos bien este círculo vicioso, esa contradicción no es la única, porque el Mito está en todos aquellos para quienes éste es relevante y no cesa de crearse entre ellos y por ellos. Puesto que el Mito, en efecto, es creación incesante de sí mismo, es, bajo cualquier punto de vista, auto-creación. Lo es ya a nivel del lenguaje, que es el nivel donde se constituye el ser humano en ser social. Ilustres estructuralistas nos explican hoy que nosotros no hablamos, nosotros somos “hablados”. Hablan evidentemente de ellos y para ellos, como representantes privilegiados de las sociedades actuales. Tienen razón: puesto que toda lengua, indiferente al Mito, al sentimiento del mundo que la ha creado, ya sólo puede ser hablada, en el sentido de que quienes la utilizan en realidad ya no hablan, sino que son “hablados”. Cuando la lengua está todavía vivamente ligada a su raíz mítica, está todavía creándose, y, quienes la utilizan, todavía hablan y se hablan, lejos de cualquier Torre de Babel.

La lengua del Mito estructura los símbolos, crea todavía las cosas con las palabras. Cuando el Mito deja de hablar y como máximo todavía es hablado, a la armonía del símbolo le sigue la discordia de dos ideas opuestas, irreconciliables. Lo cual significa también, tautológicamente, que a la época del Mito le sucede la época de las ideologías, de ideologías que brotan de una misma fuente, y, sin embargo, siempre opuestas, que se esfuerzan vanamente en esperar su imposible síntesis por una “última ciencia” y en reencontrar así ese paraíso perdido que estaba asegurado por la armonía del Mito.

Puesto que es armonía de contrarios, el Mito es también el vínculo social por excelencia y, desde ese punto de vista, es legítimo hablar de él como religión. Vínculo social, el mito organiza la sociedad, la asegura la coherencia en el espacio y a través del tiempo. El Mito es más que una *Weltanschauung* [visión del mundo], es un sentimiento del mundo y además, al mismo tiempo, algo mejor: es un sentimiento de valor, una medida operativa. Me gustaría recordar aquí como un Mito puede organizar una sociedad, dictar la conducta a los hombres, el caso de los Helenos, que se encontraron de repente enfrentados a un problema desconocido para ellos. Los Helenos eran Indoeuropeos, su Mito era el Mito indoeuropeo, sobre la base del cual se habían organizado en sociedad de descendencia patrilínea, fundada sobre lo que podemos llamar el valor heroico. Cuando emigran a la península griega, se encuentran con una sociedad de descendencia matrilineal. Por razones, quizás contingentes, no destruyeron aquella sociedad extranjera. Hubo mezcla de pueblos, de civilizaciones. Lo cual supuso un grave problema: la oposición inconciliable entre dos concepciones de sociedad y de derecho. En la sociedad matriarcal, no son las mujeres quienes hacen la guerra y quienes detentan el poder, son también los hombres. Pero la legitimidad del poder viene de la mujer, sólo se es rey al casarse con la mujer que, por derecho, es heredera del poder por descendencia matrilineal. Así, en estas sociedades, el poder es siempre detentado por hombres elegidos por las mujeres. Ahora bien, si se puede pensar que los Helenos, al comienzo de la mezcla, obtuvieron el poder gracias al matrimonio, debían no obstante legitimarlo desde el punto de vista de su Mito, desde el punto de vista del derecho patrilínea. Un montón de relatos míticos nos hablan sobre esos conflictos y las mil maneras por las que los Helenos hicieron triunfar siempre su sistema de valores. La aventura de Edipo, la Orestíada, los mitos de Teseo, de Jasón, de Belerofonte, el propio mito del rapto de Europa, no son más que algunos ejemplos entre tantos otros. Y la supremacía del derecho paterno está simbolizada, en un Panteón que ciertamente pertenece a dos religiones míticas, por la presencia de Atenea, la diosa virgen, diosa guerrera pero también diosa de la sabiduría. Atenea no tiene madre, proclama “no ser más que de su padre”, Zeus, y es ella quien absuelve de todo a Orestes, quien, por vengar a su padre, se vio obligado a asesinar a su madre.

Esa relación íntima entre Mito fundador, sociedad, sistema de valores y norma social, nos permite hablar de la sociedad como de un organismo, de sociedad orgánica. Ese término de sociedad es hoy poco adecuado, como lo demuestra el hecho de que estamos obligados a adjetivarlo. Utilizaré, en adelante, comunidad para referirme a sociedad orgánica, aún más, opondré estrictamente comunidad a sociedad, un poco a la manera en la que se opone un concepto límite al otro. Esta oposición de comunidad y sociedad no es nueva, fue hecha por sociólogos alemanes, especialmente por **Ferdinand Tönnies**. La intuición

de esos sociólogos era acertada, pero ha conducido siempre a conclusiones erróneas o a teorías igualmente confusas, porque la definición de comunidad en relación a sociedad no era nunca dada sino de forma implícita.

Un Mito es siempre nostalgia de los orígenes, como dijo Mircea Eliade, pero también es siempre visión cosmológica de futuro, anuncia un fin del mundo, que puede ser también, a veces, el comienzo de una repetición del mundo y, como en algún caso que nosotros conocemos bien, regeneración del mundo.

El Mito, dicen también, no tiene tiempo. No lo tiene porque él es el tiempo, el tiempo de la historia. Así, la comunidad que él organiza es un organismo histórico que ocupa en todo momento las tres dimensiones del tiempo histórico. Una comunidad es un organismo vivo, que está a la vez en el pasado, en el presente y en el futuro. Una comunidad tiene una conciencia comunitaria, que es recuerdo, acción y proyecto a la vez. A esta comunidad, la llamamos pueblo. Cuando un pueblo ha perdido la memoria de sus orígenes y, como dijo **Richard Wagner**, cuando deja de estar movido por una pasión y un sufrimiento común, deja de ser pueblo: se convierte en masa. Y la comunidad se convierte en sociedad. Como he dicho, comunidad y sociedad son conceptos-límite. Hay siempre un poco de masa en los mejores pueblos, como siempre hay un resto de pueblo en la masa más baja y vil. No hay duda, y esto nos hace agachar las orejas, de que vivimos en la época de las masas, de las sociedades masificadas. El individuo, sea el que sea, está divinizado en nombre de la igualdad. Todo individuo social tiene el mismo valor, la personalidad no es nunca tomada en consideración, por lo que ya no hay un sistema referencial de valor social. En una comunidad, por el contrario, el valor humano, que es siempre personalidad social, es medido por su grado de conformación a los tipos ideales propuestos por el Mito, que cada miembro de la comunidad lleva consigo como una especie de super-ego. Cuando el Mito se desmorona, cuando esos arquetipos ideales ya no son percibidos como tales, desaparece la unión comunitaria, de modo que, todo individuo es considerado como ideal en sí, por el simple hecho de que es un individuo. Lo que queda para mantener unida a lo que se ha convertido en sociedad, es el lazo siempre precario y contingente creado por la alianza de intereses egoístas de grupos de individuos, de clases, de partidos, de cultos, de sectas. La verdadera dimensión humana, que es dimensión histórica, se ha perdido; la sociedad de las masas en realidad ya no se preocupa ni del pasado ni del futuro, sólo vive en el presente y por el presente. Así, ya no se hace política, sólo economía, y economía de la peor calaña, condicionando todos los reflejos sociales. Sintomáticamente, la preocupación por el futuro, los horizontes del año 2000, sólo es invocada para justificar y avalar el fracaso económico del presente. Lo habéis comprendido, estamos hablando de nuestras sociedades occidentales. Esas sociedades en el seno de las cuales nacimos y vivimos, resultados de la gran ecúmene Cristiana, formada y conformada por el Mito judeo-cristiano. Ese Mito, junto a su Dios, murió hace mucho tiempo. Incluso la religión, tal y como transmite lo que todavía queda de las iglesias, está ideologizada, se ha convertido en ideología opuesta a otras ideologías brotadas de la misma fuente mítica, de ahora en adelante seca. Allí donde el Mito había organizado, armonizado y unido, dando así una significación y un contenido espiritual, es decir, humano, a la vida de los hombres, las ideologías oponen, desunen, disgregan.

La ideología rechaza el Mito por irracional y pretende ser ella racional y racionalmente fundada. En el fondo, de manera implícita o explícita, toda ideología pretende ser ciencia, ciencia del hombre también. Y, en esta búsqueda de racionalismo, toda ideología acaba transformándose en anti-ideología. La constatación de que una ideología no va nunca sin su ideología contraria, empuja a la búsqueda de una síntesis en una especie de neutralidad ideológica aparente, sostenida por la estrafalaria convicción de que, en última instancia, incluso el hombre es cuantificable, de que todo puede ser calculado, de que la vida de una sociedad se reduce a un problema de gestión administrativa.

Las sociedades occidentales, por ejemplo, tienen la ilusión de reencontrar la armonía perdida, la fusión íntima de contrarios gracias a las virtudes de la tolerancia, deviniendo así esquizofrénicas y sumiendo en la esquizofrenia a los individuos más sensibles al clima social. El individuo occidental acaba siempre por tener mala conciencia, sobre todo a nivel de poder, porque está atormentado por dos exigencias opuestas, que él no sabría satisfacer conjuntamente, es decir: la exigencia de libertad individual y la exigencia de justicia social. El fraccionamiento presente en el seno de las sociedades se refleja en el corazón de los individuos, y tiene a veces consecuencias chistosas, como el caso de los liberales avanzados que desearían ser a la vez socialistas y el de los comunistas y socialistas que querrían ser también liberales. Si se hace burla del Mito, rechazado por irracional, instintivamente se desearía recuperar el equilibrio social, proponiendo Anti-Mitos con su ideal correspondiente, que sería el de los Antihéroes, ideal tan bien representado a nivel del consumo cotidiano de pseudos-valores sociales, por el artista desaliñado, peludo y un poco sucio si es posible.

Las sociedades comunistas, también resultantes del Mito judeo-cristiano, intentaron otra solución. Escogieron la intolerancia, en beneficio de una única ideología, que ocupase el lugar del Mito. Pero, puesto que la ideología no es un Mito y, no puede ser operativa en el alma de los individuos, estos nunca se contentan con la norma ideológica. La consabida consecuencia es que la sociedad comunista es una sociedad de coacción. Para ser exactos: hay, en la sociedad comunista, a todos los niveles, una obligación de coacción, que hace que incluso el depurador acabe siendo depurado, mientras que en la sociedad demoliberal se ha abogado por una obligación de tolerancia, de la que incluso los delincuentes acaban por beneficiarse. Por otra parte, las sociedades comunistas, a pesar de ciertas apariencias “anti-económicas”, sólo viven en el presente. La demostración de ello se ofrece, de forma periódica pero significativa, por la condena de todo presente dejado atrás, que asume los aspectos de una celebración ritual. El presente es siempre divinizado -de Lenin a Stalin hasta Mao- para ser inevitablemente condenado y abucheado desde el momento que cede su lugar a otro presente. Así, en suma, bien se puede decir que la ecuación social de la sociedad comunista da como resultado el mismo valor que la demoliberal. Microscópicamente, a nivel de los individuos, la sociedad liberal es más atrayente, lo que explica el fenómeno de la disidencia en el seno de los regímenes comunistas, las fugas, y, por reacción, el muro de Berlín. Pero hay que señalar también que, en un nivel macroscópico, de la masa en cuanto tal, la fuga se produce sobre todo en sentido inverso y, por tanto, en la pos-guerra las sociedades socialistas se han multiplicado.

¿Qué hacer entonces? ¿a qué esperar? Permitirme volver una vez más a Nietzsche. Nietzsche nos dijo, entre los primeros que lo han hecho, que la civilización occidental había entrado en fase de agonía, una agonía de duración imprevisible, y que iba a morir. Las naciones europeas están condenadas o bien a salir de la historia como los Bororos tan queridos por **Lévi-Strauss**, o bien a morir históricamente y ver disolver su sustancia biológica en las naciones y pueblos por venir. En el fondo, todo el mundo en Europa es más o menos consciente de ello y es por ello que existe desde hace algún tiempo un discurso sobre Europa. Pero esta Europa es concebida como una prolongación de las actuales realidades sociales, como el último medio para salvar lo que está agonizando, lo que está condenado a morir, es decir, la civilización judeo-cristiana. Pero si una Europa ve la luz en un futuro, más o menos lejano, tendrá sentido, históricamente, sólo si es tal como Friedrich Nietzsche la deseaba, llevada y organizada por un nuevo Mito, fundamentalmente ajeno a todo cuanto existe hoy. Nosotros creemos saber que ese nuevo Mito ya está ahí, que ya ha aparecido. Para ello hay signos, y signos detrás de los signos. En sus comienzos un Mito es siempre extremadamente frágil, su vida depende siempre de un puñado de hombres que ya lo hablan. En un estudio sobre lo que llamo música europea de **Johan Sebastián Bach** a Richard Wagner, he intentado mostrar cómo este Nuevo Mito, y la nueva conciencia histórica que lo porta han nacido, y mostrar el camino por el que este Nuevo Mito se ha dirigido hacia nuestro presente. Si todavía vive, sólo puede sobrevivir en virtud de la total fidelidad de aquellos que lo portan con su joven pasado. Sin duda, todavía no lo ha dicho todo, quizás sólo ha balbuceado. El Mito, cuando está vivo, siempre está dispuesto a hablar.

Nación e Imperio

por Giorgio Locchi

Nunca se reflexiona bastante sobre el hecho de que hay dos maneras de

“advertir”, de pensar inconscientemente la idea de nación, dos maneras que brotan directamente de la dicotomía que caracteriza la historia de Europa occidental. Si nos disponemos a considerar la nación –aunque luego precisemos mejor el concepto- como una comunidad fundada sobre (y por) una lengua, una civilización y una “suerte común”, por ejemplo, nos damos cuenta de que en el caso de Francia la nación ha surgido de la empresa laboriosa de un Estado, mientras en el caso de Alemania y de Italia el Estado ha constituido el resultado, la “traducción” en términos políticos, de una conciencia nacional que finalmente se había despertado. Lo que podríamos llamar una “nación-efecto” se opone así a una “nación-causa”. En el “hexágono” francés, cuyos contornos aproximativos, con su administración, habían trazado los romanos en primer lugar, poblaciones bien distintas se habían superpuesto o flanqueado tras la descomposición del imperio.

En la misma época, recordémoslo, el concepto de *gentes* resultaba insuficiente para captar las nuevas realidades etnopolíticas y cedía el puesto poco a poco al de *nationes*. Todo el mundo sabe que, más tarde, una de esas “naciones” comprendida en el hexágono, la nación franca, tuvo que reducir a las otras y asimilarlas, imponiéndoles, a veces por la fuerza, su lengua, su concepción del derecho y su civilización. Este proceso de asimilación no se ha llevado a cabo “impecablemente” y esto es todavía perfectamente perceptible en la realidad política francesa actual. No obstante, es evidente que las antiguas “naciones” no-francas, incluso cuando todavía hoy están vivas algunas emanaciones folclorísticas de ellas, están privadas, guste o no, de toda *vis* política, incluso potencial. Esto es hasta tal punto cierto que los grupos autonomistas no pueden pensar la autonomía de sus etnias desde una perspectiva en la que los Estados existentes serían conservados (es decir, en el orden político internacional actual) y, en cambio, están obligados a proyectar la idea autonomista en una perspectiva futura, europea (europeísta) según algunos, universal (universalista) según otros. A veces sin tener plena conciencia de ellos, reconocen así que ellos no podrían ser realmente diferenciados, es decir, estar separados con respecto a Francia, excepto en un mundo en el que ya no existiese ni Francia, ni, por otra parte, Inglaterra, Italia, Alemania, Bélgica o los Países Bajos.

Si se examina ahora el caso de Alemania o de Italia, nos percatamos de cómo el panorama histórico que se presenta ante nuestros ojos es rigurosamente diferente y cómo está caracterizado por rasgos antitéticos al panorama francés. Los reyes francos, en cierta medida, habían “invertido” la herencia política romana.

Habiéndose separado del Imperio a partir del año 1843 (firma del tratado de Verdún), del mismo modo que habían rechazado la idea imperial, para dedicarse a una empresa que pretendía reducir las realidades etnopolíticas entonces comprendidas en el actual territorio francés al modelo franco.

Fue eso lo que se puede llamar el *regnum*: el poder político no organizaba ya a las naciones (tomadas en cuanto tales en el ámbito del Imperio) sino clases, ciertamente más o menos originadas por las “naciones”, pero que de tal origen perderían rápidamente el recuerdo. Más allá de los Vosgos, al contrario, entre los *Teutschen*, así como en Italia, la idea de *imperium* seguía estando presente, no dejaba de sacudir los espíritus y dominaba todas las empresas políticas.

Esta idea, hay que decirlo, entonces sólo tenía un carácter perfectamente irrealista. El Sacro Imperio Romano Germánico (*Heliges Romisches Reich Deutscher Nation*) no tuvo más que la apariencia de sí mismo, aunque la idea imperial fuese todavía bastante potente para imponer una “estructura” idéntica al destino de los pueblos que se reconocían en ella. De las antiguas *nationes* se formaron en su seno otras naciones, pero estas no pudieron nunca adquirir una auténtica conciencia política porque la idea imperial heredada de roma se oponía a ello.

Así, dante, para quien el hombre italiano se afirma en cuanto hecho de lengua y de civilización, invoca con todas sus fuerzas el *veltro* (*dux*), es decir, el Sacro Emperador Romano, que es un alemán. Dante, filoimperial, pero, a pesar de todo, siempre florentino, ve en sus vecinos pisanos el “vituperio de las gentes”. Para él Italia sólo es el “bello país donde el sí resuena”. En esta época, por tanto, no hay una Alemania, una Italia, sino sólo alemanes, sólo italianos.

Para que una conciencia nacional política italiana o alemana naciese, era necesario que la propia “apariencia” imperial se desvaneciese. Y eso tuvo lugar, de modo lento pero seguro, bajo los golpes de una Historia siempre brutal para aquellos que se obstinan en un sueño. La guerra de los treinta años, las dominaciones extranjeras que hicieron de Italia un campo de batalla humillado y sangrante, marcan los puntos culminantes de este proceso. Pero esto era todavía insuficiente. Todavía era preciso que desapareciese y se hundiese todo lo que, en los hechos, estaba ligado por oposición al Imperio: en primer lugar, la Iglesia Católica, que era su antítesis íntima, y, por otro lado, el Reino, que era su antítesis externa. Lo que se produjo bajo la influencia de la revolución de 1789, que constituyó el cumplimiento de una evolución histórica particular de Francia; y luego, del Romanticismo, que, al contrario, reaccionó (al menos en Alemania) a la difusión de las ideas revolucionarias.

Nacido de una negación absoluta de la idea de Imperio, el reino de Francia había afirmado, implícitamente así como en los hechos, la supremacía de una *natio* sobre las otras. Una aristocracia feudal de origen germánico desempeñaba ahí, al principio, una función bastante análoga a la de las gentes romanas en el nacimiento de la *civitas*. Pero

esta aristocracia, por el hecho de no expresar el poder soberano, perdió poco a poco sus contornos étnicos y su conciencia histórica. Esto sucedió de modo bastante complejo. La aristocracia francesa se había encontrado con que había sido obligada a asimilar a las aristocracias de las otras *nationes* incorporadas al Hexágono. Ahora bien, estas aristocracias perpetuaban tendencias centrífugas opuestas a la tentativa real de centralización. En base a esto, los reyes tuvieron que combatir a la clase aristocrática o, por lo menos, oponerse a algunas de sus pretensiones, aunque esta clase había sido en el origen uno de los pilares del poder real. Sabemos qué deriva de ello. Habiendo privado definitivamente Luis XIV a la aristocracia de sus poderes, habiéndola vaciado de su significado político y habiéndola transformado en clase parasitaria gracias a las seducciones de aquella prisión dorada que fue la corte de Versalles, la revolución resultaba inevitable.

La Revolución Francesa, antes que antimonárquica, fue antiaristocrática, hasta tal punto que no es exagerado decir que los “*grands ancêtres*” de 1789, en resumidas cuentas, sólo llevaron hasta su conclusión natural un proceso que los “cuarenta reyes” ya habían desarrollado durante siglos.

Esta amalgama que era la nación francesa, que había entrado en los hechos con la Revolución, no hizo más que constatar que la clase privilegiada había perdido: con sus responsabilidades había perdido también su justificación. Se llegó así al concepto de Estado-nación, que iba poco a poco a imponerse, a lo largo de las guerras revolucionarias, a la conciencia de los pueblos europeos. Formada, finalmente o, más exactamente, creada por el Estado, la “nación” francesa podía ya reivindicar la propiedad de este mismo Estado. Fue la República francesa.

Ante esta nación francesa (y mucho más considerando que se había vuelto conquistadora bajo Napoleón), los pueblos de Europa, habiéndose reconocido en cuanto naciones, quisieron naturalmente expresar del mismo modo su propio Estado. En Alemania y en Italia, este movimiento político de “independencia” y de “unificación nacional” se confundió, en el plano de las ideas, con el romanticismo.

Pero, dado que la herencia histórica era completamente distinta a la de Francia, muchos románticos italianos y alemanes concibieron la nación, y el derecho de la nación a expresarse como Estado, de una manera radicalmente opuesta a la concepción francesa. Hubo ciertamente una corriente romántica (italiana y alemana) que aceptó las ideas francesas tal y como eran, es decir, por cuanto estas llevaban a un superior grado de conciencia la voluntad igualitaria cristiana. Evidentemente no es de esta corriente de la que nosotros tratamos aquí, sino del romanticismo más auténticamente italiano y alemán, del cual brota, hasta la primera mitad del siglo XX, el “destino paralelo” de los pueblos de estos dos países. La nación concebida por la Revolución Francesa es una nación democrática, fundamentalmente centralista, igualitaria y “anticlasista”, aunque su igualitarismo y “anticlasismo” sólo apareciesen bajo la forma de un relieve negativo, que

figuraba en la ley. Al contrario, la nación de los “románticos” (tomemos este término en el sentido restringido más arriba especificado) no es por sí misma ni igualitaria, ni democrática ni centralista. Igualmente, desde el punto de vista de la lógica “revolucionaria”, una nación, toda nación, es igual de derecho a otra, a todas las demás. En cambio, no es así en la concepción romántica italiana o alemana, y el mismo lenguaje se esfuerza por expresar la diferencia (allí donde los franceses hablarían de nación, los alemanes hablarán, más bien, de *Volk*). De esto modo, Vincenzo Gioberti, que aún así todavía era clerical, proclama en voz alta la primacía de los italianos, mientras Johann Gottlieb Fichte ostenta la unicidad del pueblo alemán, único *Volk* en un mundo en el que sólo quedan masas.

Todo esto se explica con bastante facilidad. En Francia, el paso de la noción de Imperio a la de Reino suponía ya, en los hechos, una especie de “restricción” del horizonte geográfico y mental. El resultado obligatorio de tal repliegue sobre sí mismos era la “France seule”. Y este repliegue implicaba también que, más o menos a largo plazo, fuese reconocida la igualdad con las otras naciones, con el otro *tout court*. Al contrario, la fidelidad a la noción de Imperio debía desembocar necesariamente en la visión de un auténtico “cosmos político” que comprendiera a todos los pueblos en una organización jerárquica. En el momento en que la conciencia nacional de los pueblos hacía su entrada sangrienta en la historia de Europa, Ludwig van Beethoven hace explotar el espíritu de su tiempo componiendo aquella maravillosa Novena Sinfonía que es el himno de la alegría de toda una humanidad cuya historia ha llegado a ser planetaria. El propio Beethoven elimina la dedicatoria de su Heroica cuando Bonaparte es borrado por Napoleón, pero, por otro lado, es absolutamente incapaz de imaginar el canto del reencuentro de los pueblos reunidos en el nuevo cosmos, sin un corifeo que lo suscite, lo conduzca y lo organice. Encontramos aquí, inextricablemente mezcladas, las “dos almas enemigas” que habitan en el pecho de los románticos...

Volvamos a la idea romana de *imperium*, y a la traducción política que se ha dado de ella. Las primeras sociedades indoeuropeas, como podemos conocerlas a través de los estudios comparativos, hacen manifiesto un contraste bastante extraño entre la severa disciplina existente dentro de la célula sociopolítica de base, la “familia patriarcal”, el clan, y la tendencia, en cambio, bastante pronunciada a una cierta anarquía para todo lo referente a las relaciones de estas células entre sí. De hecho, este contraste, que está estrechamente ligado a la dinámica de la historia indoeuropea, no nos parece tal desde una perspectiva moderna. La realidad sociopolítica de la época lejana (los inicios del neolítico) en que los indoeuropeos toman su lugar en la historia, en efecto, no es otra que la de un grupo restringido: el clan. Y las relaciones entre los clanes son prácticamente de la misma naturaleza que las relaciones que se establecerán, en otras épocas entre las ciudades y los Estados. De ahí la impresión, más bien ilusoria, de “anarquía” que se puede extraer cuando se tiene en consideración la unidad étnica de los indoeuropeos y se trata de saber a qué podía asemejarse su sociedad. Ahora bien, no existía una sociedad indoeuropea.

Los indoeuropeos no concebían en el plano sociopolítico ninguna gran unidad, por la excelente razón de que éstos no tenían (y no podían tener) conciencia de lo que, a nuestros ojos, constituía su unidad. A esta conciencia, los indoeuropeos sólo pudieron llegar progresivamente, cuando, en una época mucho más tardía, comenzaron a salir de su aislamiento y se encontraron enfrentados con otras etnias, con otras civilizaciones. Por otra parte, eso no sucedió con facilidad, y casi nunca de forma completa. Las grandes coaliciones “supratribales” que se formaron con ocasión de expediciones migratorias y de los primeros asentamientos en nuevos países, en medio de pueblos diferentes, fueron generalmente de breve duración y tendieron a disolverse. La institución del poder regio que, originalmente, aseguraba únicamente la organización y la disciplina de la horda en el curso de sus desplazamientos (siendo el rey etimológicamente “aquel que muestra el camino a seguir”) no tuvo al principio más que un carácter electivo y provisional.

Cuando esta tendió, por su propia naturaleza, a consolidarse y a hacerse hereditaria, encontró siempre la resistencia de los jefes de los clanes, una vez completada la conquista.

Por esta razón la historia inicial de los grupos indoeuropeos emigrados bajo otros cielos se confunde a menudo con la lenta degradación de una autoridad monárquica y la “reatomización” del grupo. Fue el caso, marcadamente, de los griegos y de los celtas.

En otras partes, la institucionalización de la monarquía se dio, pero a expensas de toda una tradición indoeuropea (tradición cultural, pero también genética). Esto sucedió con los Nesianos que perdieron su nombre para convertirse en los hititas, y entre ciertas tribus germánicas que agotaron su impulso en las orillas del Mediterráneo.

En general, los pueblos indoeuropeos percibieron perfectamente la necesidad de preservar su propia originalidad, a pesar de aceptar las consecuencias de la ampliación del horizonte cultural y geopolítico que les imponía el triunfo progresivo de la “revolución neolítica”. Pero, limitándonos al mundo antiguo, sólo los romanos lograron llevar a cabo una síntesis entre perennidad, fidelidad a sí mismos y a sus orígenes, y aceptación plena y completa de su “intrincación cósmica”. Esta síntesis lleva un nombre, inscrito en la historia con mayúsculas: el *Imperium*.



Digámoslo inmediatamente: la noción de *imperium* no debe ser confundida con la de Imperio, aunque fuese el romano. No hay duda alguna, en efecto, de que el *imperium* ha encontrado su verdad y su más perfecta realización en el esfuerzo de construcción de la roma republicana, más que en la empresa de mantenimiento del Imperio post-juliano.

De hecho, el *imperium* refleja una voluntad de orden cósmico, y es este orden el que organiza jerárquicamente a las *gentes*. En la teoría como en la práctica, el *imperium* se sitúa en las antípodas de todo “universalismo”. Este no pretende en absoluto reducir la humanidad a una sola y misma humanidad sino que, por el contrario, trata de preservar las diversidades en un mundo necesariamente tendente a la unificación. Los romanos sólo querían preservar su propia ciudad, su propio *jus* (ya que, por temperamento, concebían todo mediante el rito y el derecho). Pero, entre ellos, esa voluntad de autenticidad implicaba lógicamente el reconocimiento del “otro”. En esto consiste su grandeza política –de la que, entre paréntesis, fueron siempre conscientes. Y podríamos casi afirmar que la empresa de conquista para Roma sólo fue la “consecuencia” de otra empresa, esta puramente defensiva. No hay que olvidar que, después de todo, el término *urbs* viene de una raíz indoeuropea que significa originalmente “refugio protegido por las aguas”. En un mundo en el que, a causa de la revolución neolítica, los pueblos habían salido de su aislamiento y entraban en un conjunto complejo de relaciones cada vez más estrechas, el *imperium* romano, por tanto, no correspondía más que a la ampliación progresiva del cinturón protector de la *urbs*. Constituía el bastión detrás del cual el *civis romanus* estaba seguro de poder vivir según su ritmo y su derecho, en la medida precisamente en que los otros, por necesaria diferenciación y lógica reciprocidad, gozaban de la misma garantía.

Rechazo organizado y consciente de todo universalismo, de toda *reductio ad unum*, el *imperium* es, sin embargo, político, es decir, realista y no utópico. Es jerarquizado. Cada uno conserva en él su propio *jus*, su propio derecho: todo pueblo es libre de administrar

su ciudad según su propia justicia tradicional. Pero en las relaciones que se establecen entre individuos de diversas ciudades, o entre las propias ciudades, el *jus romanus* prevalece sobre todos los otros. Y allí donde ni el *jus gentium*, abstracción perfectamente romana para identificar lo que sería común (o que, en cualquier caso, ha de ser aplicado) a los *jurs* de todos los pueblos. Dentro del *imperium*, Roma goza, de una primacía absoluta, que se despliega de forma totalmente natural, y en perfecta justicia, por el hecho de que es ésta la que ha concebido y creado, la que organiza y asegura este orden dentro del cual cada uno recibe lo debido que le ha sido atribuido por una Historia que es *fatum*.

En un sueño de artistas, los propios griegos habían tratado de realizar la síntesis entre la fidelidad a lo que eran y las exigencias fatales de su compromiso en un mundo “ampliado” ... pero ampliado solamente a los límites de la helenidad. Por consiguiente, se habían esforzado en “domesticar” la guerra, ritualizando la agresividad natural por medio de una *agoné* (competición) que abarcaba todas las manifestaciones civiles dentro de la polis.

Con las Olimpiadas, del mismo modo, habían querido asegurar, por lo menos periódicamente, un orden pan-helénico. Y la paz instaurada por este orden brotaba, significativamente, de la escenificación triunfal de la *agoné*. Este sueño helénico Roma lo ha vivido y lo ha hecho vivir al mundo entero. Los romanos no “domesticar” la guerra. Completamente al contrario, la institucionalizan, sabiendo que la guerra es sólo uno de los dos espectáculos perpetuamente ofrecidos a la mirada del dios bifronte. Porque la propia paz, la *pax romana*, es también institucionalizada. Ya no es la contrapartida de un juego que permite “domesticar” la guerra, sino la contrapartida, dentro del *imperium*, del orden surgido de la guerra, y también de la aceptación del principio de la guerra permanente entre los pueblos del *imperium* y aquellos que todavía no forman parte de él.

Y dado que el *imperium* representa el orden consagrado por el *fatum*, muchos pueblos acaban por apelar a los romanos y pedir la admisión en el imperio (aunque luego traten de retirarse de él en ocasiones, una vez que han solucionado sus propios asuntos: como los galos que hacen un llamamiento a Roma contra los germanos, y luego se rebelan, sin éxito por otro lado, contra el orden al que ellos mismos habían recurrido). “*Regere imperio populos, Romane, memento / parcere victis ac debellare superbos*”: tal fue la misión que los romanos se habían dado. Definición tan apropiada que, cuando Roma haya desaparecido, los pueblos de Europa sentirán vivamente todavía la nostalgia del orden romano, y tratarán, aunque en vano de restablecerlo por todos los medios. Roma se convertirá entonces en sinónimo de “orden político” y se dará el nombre de *Caesar*, el *Imperator* por excelencia, a los titulares del poder soberano encargados de asegurar el orden. Quizás se podría objetar que el *imperium* condujo de hecho al universalismo, al caos étnico, que pretendía recusar y, por otro lado, que este no pudo mantenerse más que durante algunos siglos, antes de decaer y desaparecer. “*Orbi fecisti quod prius urbis erat*”, cantaba en un himno a Roma otro poeta celta que se había dado el nombre de Rutilio Namaciano, y que vivía bajo Honorio. El poeta tenía razón, pero se podría añadir

que Roma ciertamente no lo había querido. Todo en la historia tiene su medida. Nada es eterno, ni absoluto. Se trata siempre de plegar la historia a una voluntad, de tratar de darle forma. En la breve jornada de historia que han vivido, los romanos se han afirmado, respecto y contra todos, realizando el único proyecto de *imperium* existente. Lo han hecho durante tanto tiempo como tiempo han existido. Ya que el *imperium* no decae verdaderamente hasta que ya no hay romanos, cuando “Roma ya no está en Roma”. Quizás no se dio cuenta inmediatamente de que los últimos descendientes de las *gentes* habían muerto en los campos de batalla. O quizás sí se percató de ello. Pero se lo ocultó con cuidado. Se fingió que se creía que aquellos que ya se daban el nombre de romanos lo eran de verdad. El último de los romanos sabía probablemente lo que había sucedido.

Él no ignoraba la piadosa ficción del día siguiente y supo reírse de ello a su modo, cruel, soberanamente lleno de desprecio, y sin embargo, también de compasión. Quizás, cuando elevó su caballo a la dignidad de cónsul o de senador, quería hacer saber sutilmente que desde el momento en que ya no había romanos auténticos, todos podían ser romanos...

Con la revolución industrial, la humanidad ha entrado hoy en un período de planetarización. Ningún pueblo puede substraerse a esta perspectiva planetaria, o soñar con un imposible aislamiento. Un orden planetario es obligatorio. Este es una fatalidad a un plazo más o menos breve. La Gran Política de mañana no podrá ser concebida y perseguida si no es teniendo lo que Ernst Jünger llama el *Welstaat*, el orden mundial, como móvil y como fin. Los síntomas se manifiestan ya: Sociedad de Naciones, luego Naciones Unidas, en el plano de la utopía; imperio soviético e imperio americano en los hechos. Pero todo lleva a creer que los Estados Unidos, como la Unión Soviética, no son capaces de ser la Roma del mañana. Estos “bloques” que tratan de organizar como pueden los medios de poder que la revolución tecnológica ha puesto a su alcance, recuerdan más bien al Egipto de los faraones o a las teocracias de la Media Luna Fértil. Queda, sin embargo, el hecho de que la planetarización que se está llevando a cabo exige un orden cósmico.

¿Este orden será “imperial” o, al contrario, “republicano” en el sentido francés del término, es decir, igualitarista? Nadie puede decirlo, el porvenir histórico es libre. Podemos sólo comprometernos en un sentido o en el otro. La solución igualitaria, que desemboca en la “República universal”, implica la reducción *ad unum* de la humanidad, el advenimiento de un “tipo universal” y la uniformización global. La solución “imperial”, repitámoslo, es jerárquica. Si la libertad, en la dialéctica igualitaria, no es más que un absoluto que se opone a otro absoluto (la negación de la libertad), en la dialéctica “imperial”, ésta no es más que un relativo, directamente ligado a la noción de responsabilidad social. En el *imperium* el absoluto es el derecho del mejor según la virtud de la humanidad de su tiempo. Pero el *imperium* es también el único medio de preservar las diferencias dentro (y a través) de una perspectiva planetaria, mediante un *unicuique suum* que reconoce implícitamente el hecho fundamental de la desigualdad de los valores y de las identidades. Desde un punto de vista estrictamente psicológico, la aversión que

manifiestan muchos autonomistas y regionalistas por la idea “republicana” igualitaria, está perfectamente justificada.

De hecho, estos se engañarían gravemente si imaginaran que la sustitución del orden existente por un orden “universalista” bastaría para resolver sus problemas. Porque la “República” concebida por los hombres de 1789 no es más que la prefiguración, a nivel nacional, de un Estado mundial igualitario, más reductor y nivelador de lo que lo fueron nunca los jacobinos.

Homenaje a Giorgio Locchi (1923-1992)

Gennaro Malgieri

Giorgio Locchi murió en la única forma que habría juzgado aceptable: de manera imprevista, casi sin informar a nadie, mientras intentaba escribir un libro sobre Martin Heidegger. Seguramente, ha tenido un atisbo de conciencia, entre el momento en que la muerte se anunció y aquél cuando llegó, algunos minutos más tarde, y muy ciertamente agradeció a los dioses ofrecerle una salida tan súbita, ya que la idea de seguir estando por mucho tiempo enfermo o disminuido lo hacía sufrir inmensamente. Al final del mes de junio de 1992, en su última visita a Roma, me habló del mal que lo había afectado dos años antes. Me decía que la perspectiva de convertirse en un tronco inerte le hacía estremecer porque con el tiempo que pasa, uno se cuelga más estrechamente, más profundamente, más egoístamente a la vida. Palabras de Locchi que no me sorprendieron. En realidad, habían sido un presagio.

Para alguien que era uno de sus amigos, no es fácil rendir homenaje a Giorgio Locchi y recapitular todo lo que nos legó. Podría intentar trazar un perfil del periodista y corresponsal en París del periodico italiano Il Tempo durante más de treinta años. Y decir una infinidad de anécdotas sobre sus relaciones con Renato Angiolillo. O también de destacar la importancia de todos los servicios que prestó a la prensa en Italia: sobre los acontecimientos de Argelia, sobre el nacimiento del existencialismo, sobre el mayo del 68 parisino. Sus puntos de vista eran motivados por un anticonformismo extraordinariamente valiente e inteligente. Querría también destacar el papel capital que desempeñó Giorgio Locchi en la evolución de la derecha francesa, hacer hincapié en su carrera con Alain de Benoist, sobre la pasión con la que formaba a los jóvenes intelectuales, sobre sus actividades en el GRECE y sobre sus contribuciones a la revista *Nouvelle École*. Querría también poder reunir aquí todos los elementos del extenso mosaico que era su personalidad, dar cuenta de su amor por la música y el cine, de su control de las cosas físicas y científicas. Y podría también decir la historia de nuestra amistad e informar sobre su refugio parisino que me fue tan agradable, así como a un puñado de otros Italianos, donde nos encontrábamos para hablar del pasado o para manifestar nuestra hostilidad al sistema dominante. Mejor: para escuchar a Locchi que nos hablaba de Nietzsche o Wagner, Heidegger o la Revolución Conservadora, de sus experiencias en Alemania o los momentos cruciales de la segunda Guerra Mundial que vivió como protagonista del “frente interior”. Nos hablaba también de la “derecha imposible” y de una Europa igualmente imposible. Y nos comunicaba sus proyectos,

comentaba las publicaciones a las que colaboraba, mencionaba los artículos que quería escribir y los libros que quería publicar. Nos reuníamos en “Meister Locchi” y Saint-Cloud en París, dónde vivía prácticamente recluido, lugar que fue, durante numerosos años, el punto de encuentro de muchos de nosotros.

El periodista, el amigo, el organizador de manifestaciones culturales, el agitador de ideas que viven siempre y vivirán en el grupo de los que conocieron a Giorgio Locchi y fueron sus amigos. Sus libros, sus ideas, sus ensayos dispersos en *Nouvelle École*, *la Destra*, *Uomo Libero* y *Elementi*, sus artículos del *Tempo* y *el Secolo de Italia* seguirán siendo los testimonios escritos de un compromiso intelectual y político en sentido más noble del término, pero que consideró como la consecuencia de una derrota europea durante más de cuarenta años. En primer lugar vimos a Giorgio escéptico y que desconfiaba, luego tal confianza no volvimos a verla de nuevo en él hasta que se habló de la reunificación alemana. No es por nada que quiso estar en Berlín cuando Alemania se reunificó: aquello era para él, me decía, un sueño que se realizaba, un acontecimiento que se desarrollaba bajo sus ojos y que no había imaginado ver realizarse, incluso si no había dejado nunca de creer más allá de los límites que impone el pesimismo, actitud justificada.

Las ideas de Locchi eran las ideas de una Europa que ya no existe: pero cuya inexistencia no era para él una razón para no defender o ilustrar tales principios. Pero cuando se le hacía el reproche, contestaba: sus ideas eran las ideas de la Europa eterna que esta Europa coyuntural de nuestra posguerra no quería, momentáneamente, reconocer.

Su actitud respecto al fascismo, por ejemplo, distaba mucho de ser simplemente reivindicativa o incluso revanchista. Giorgio Locchi quería, en el hervor cultural del paréntesis fascista, recoger todos los elementos que no eran caducos. Nos comunicó sus reflexiones a este respecto en su opúsculo titulado *La esencia del Fascismo* (ediciones Tridente, 1981). Se refiere allí a la visión del mundo que fue la inspiradora del fascismo histórico pero que no desapareció de ninguna manera con la derrota militar de este último. Esta obra constituye hoy aún un extraordinario “discurso de verdad”, en el sentido griego, que pretende retirar del fascismo todas esas explicaciones fragmentarias que tienen curso actualmente y todas las formas de demonología que generan prejuicios sobre prejuicios. Locchi, en realidad, desarrolló una reflexión histórica propia según un esquema filosófico coherente, apoyado en una opción interdisciplinaria, que preparó una teoría sintética de la esencia del fascismo.

En su investigación, Locchi mantenía que no era posible entender el fascismo si no se daba cuenta de que era la primera manifestación política de un fenómeno espiritual y cultural más extenso, cuyo origen se remonta a la segunda mitad del siglo XIX y que él llamaba “suprahumanismo”. Los polos de este fenómeno, que se asemeja a un enorme campo magnético, son Richard Wagner y Friedrich Nietzsche que, por sus obras, “agitaron” el “nuevo principio” y lo difundieron y diluyeron en la cultura europea entre el final del XIX y el principio del siglo XX.

Este principio es el “sentimiento del hombre” como voluntad de poder y sistema de valores. En este sentido, el principio suprahumanista, con el cual el fascismo está en relación “genética/espiritual”, se articula como el rechazo absoluto del “principio igualitario” que se le opone y que domina al mundo de hoy, origen de nuestra situación actual.

Locchi avanzaba la siguiente tesis:

“Si los movimientos fascistas individualizaron al “enemigo” -espiritual antes que político – en las ideologías democráticas -liberalismo, parlamentarismo, socialismo, comunismo y anarquismo – es justamente porque, en la perspectiva histórica instituida por el principio superhumanista estas ideologías se configuran como otras tantas manifestaciones, aparecidas sucesivamente pero aún presentes todas, del opuesto principio igualitarista; todas tienden a un mismo fin con un grado diverso de conciencia y todas ellas causan la decadencia espiritual y material de Europa, el “envilecimiento progresivo” del hombre europeo, la disgregación de las sociedades occidentales.”

Conectando estas consideraciones con la prospectiva histórica en la cual opera el fascismo, al unísono con los otros fascismos europeos, Locchi realiza una tesis del más alto interés que contribuye a la “desocultación” del fascismo, sacando a la luz su esencia propia.

Estos temas, Locchi los desarrolló en su obra *Wagner, Nietzsche e il mito sovrumanista* (Akropolis, 1982; nota: se trata parcialmente de una edición de sus artículos de musicología aparecidos en francés en *Nouvelle École*, n°30 y 31/32). En su brillante prólogo, Paolo Isotta preciso, con minucia, cuáles son las tendencias igualitarias y cuáles son las tendencias suprahumanistas que entran en juego y las coloca como dos concepciones del mundo antitéticas e irreconciliables. Es un libro muy denso, especialmente difícil, a veces repelente en algunos de sus capítulos; sin embargo cuando Isotta y yo mismo lo presentamos frente a una audiencia llena de estudiantes napolitanos, en diciembre de 1982, parecía verdaderamente cautivar a estos jóvenes que permanecieron atentos durante dos horas y luego acosaron a Locchi con cientos de preguntas pertinentes, que no tenían realmente nada de banales. El autor no pareció sorprendido.

Además de este libro, tengo de Locchi otro gran recuerdo: el de su polémico libro *El mal americano* (Lede, 1979), al cual Alain de Benoist añadió algunas pequeñas notas complementarias (nota: en francés, este texto aparece en *Nouvelle École* n°27-28, bajo el seudónimo de Hans-Jürgen Nigra, también utilizado en la edición alemana). Este texto es capital a mi juicio ya que desmonta la mecánica del colonialismo cultural americano y nos permite echar otro vistazo sobre América. A Locchi, en cambio, le no gustaba

demasiado este texto, considerando que él destacaba que era más combativo que formativo, que era más polémico que filosófico.

En los cajones de la oficina de Giorgio Locchi, se encuentran numerosos proyectos, bosquejos de textos, el esquema de un libro sobre Heidegger y de otro sobre la concepción del tiempo en los Indoeuropeos. Permanecerán ciertamente tal como Giorgio los dejó porque antes de todas las cosas, él era un perfeccionista y no quería publicar nada sin estar convencido plenamente de que valía la pena.

Permanece aún, entre las innumerables cartas que constituyen su correspondencia, una espléndida novela sobre un héroe italiano que combate en Alemania una guerra desesperada para defender a Europa. No se sabrá nunca si fue por pudor o por orgullo que Giorgio Locchi siempre se negó a presentarla a un editor.

[Sinergias Europeas, Vouloir, Febrero de 1993]

El cantor del nuevo mito. Giorgio Locchi revisitado

Adriano Scianca

“...sonaba, tan antiguo, y sin embargo era tan nuevo...”

(Richard Wagner)

Y por último llegó la “globalización”. En dos mil años de pensamiento único igualitario nos hemos tragado: la “inevitable” venida de los tiempos mesiánicos, el “inevitable” avance del progreso técnico, económico y moral, el “inevitable” advenimiento de la sociedad sin clases, el “inevitable” triunfo del dominio americano, la “inevitable” instauración de la sociedad multirracial. Y ahora, precisamente, es la globalización la que se impone como “inevitable”. El camino ya está trazado, nada podemos contra el Sentido de la Historia. Es cierto que la entrada triunfal en el Edén final es postergada de manera continua porque siempre surgen pueblos impertinentes que no aprecian los hegelianismos en salsa yanqui como los anteriormente citados. Pero, tarde o temprano- nos lo dice Bush, nos lo dicen los pacifistas, nos lo dicen los científicos, los filósofos y los curas- la historia llegará a su fin. Seguro. ¿Seguro?

¿El fin de la historia?

Es verdad: la historia, efectivamente, puede llegar a su fin. Es del todo plausible que en el futuro que nos espera se pueda asistir al triste espectáculo del “último hombre” que da saltitos invicto y triunfante. Pero este es sólo uno de los posibles resultados del devenir histórico. El otro, también este siempre posible, va en la dirección opuesta, hacia una regeneración de la historia a través de un nuevo mito. Palabra de Giorgio Locchi. Romano, licenciado en Derecho, corresponsal en París de “Il Tempo” durante más de treinta años, animador de la primera y más genial *Nouvelle Droite*, fino conocedor de la filosofía alemana, de música clásica, de la nueva física, Locchi ha representado una de las mentes más brillantes y originales del pensamiento anti-igualitario posterior a la derrota militar europea del 45.

Muchas jóvenes promesas del pensamiento anticonformista de los años 70 conservan todavía hoy el nítido recuerdo de las visitas que hicieron a “Meister Locchi” en su casa de Saint-Cloud, en París, “casa a la que muchos jóvenes franceses, italianos y alemanes se dirigían más en peregrinaje que de visita; pero simulando indiferencia, con la esperanza

de que Locchi (...) estuviese como Zarathustra con el humor adecuado para vaticinar y no, como desgraciadamente sucedía más a menudo, para que les hablase del tiempo o de su perro o de actualidades irrelevantes” (1). Las razones de tal veneración no pasan tampoco inadvertidas para quienes sólo hayan conocido al autor romano a través de sus textos. Leer a Locchi, de hecho, es una “experiencia de verdad”: tomemos su *Wagner, Nietzsche e il mito sovrumano* – un “gran libro”, “unos de los textos clásicos de la hermenéutica wagneriana”, como lo define Paolo Isotta en el... ¡Corriere della Sera! (2)- uno se encuentra ante el desvelamiento (a-letheia) de un saber original y originario. Desvelamiento que no puede ser nunca total.

La aristocrática prosa de Locchi es, de hecho, hermética y alusiva. El lector es conquistado por ella, tratando de atisbar entre las líneas y de captar un saber ulterior que, estamos seguros de ello, el autor ya posee pero dispensa con parsimonia (3). A aumentar la fascinación de la obra de Locchi, además, contribuye también la vastedad de referencias y la diversidad de los ámbitos que toca: de las profundas disertaciones filosóficas a los amplios paréntesis musicológicos, pasando por las referencias a la historia de las religiones y por las audaces digresiones sobre la física y la biología contemporánea. Quien está acostumbrado a la atmósfera asfixiante de cierto neofascismo onanista o a los tics de los evolamaníacos de estricta observancia es raptado inmediatamente por todo ello.

La libertad histórica

El punto de partida del pensamiento locchiano es el rechazo de todo determinismo histórico, es decir, la idea de que “la historia- el devenir histórico del hombre- surge de la historicidad misma del hombre, es decir, de la libertad histórica del hombre y del ejercicio siempre renovado que de esta libertad histórica, de generación en generación, hacen personalidades humanas diferentes” (4). Es el rechazo de la “lógica de lo inevitable”. La historia está siempre abierta y es determinable por la voluntad humana. Dos son, a nivel macrohistórico, los resultados posibles, los polos opuestos hacia los que dirigir el porvenir: la tendencia igualitarista y la tendencia sobrehumanista, ejemplificadas por Nietzsche con los dos mitemas del triunfo del último hombre y del advenimiento del superhombre (o, si se prefiere, del “ultrahombre”, como ha sido rebautizado por Vattimo en el intento de despotenciar su carga revolucionaria). El filósofo de la voluntad de poder afirma la libertad histórica del hombre mediante el anuncio de la muerte de Dios: quien ha adquirido la conciencia de que “Dios ha muerto” “no cree ya que esté gobernado por una ley histórica que lo trasciende y lo conduce, con toda la humanidad, hacia una finalidad- y un fin- de la historia predeterminada ab aeterno o a principio; sino que sabe ya que es el hombre mismo, en todo “presente” de la historia, el que establece conflictivamente la ley con la que determinar el porvenir de la humanidad” (5).

Todo esto lleva a Locchi a identificar una auténtica “teoría abierta de la historia”. El futuro, desde esta perspectiva, no está nunca establecido de una vez por todas, ha de ser decidido constantemente. No sólo eso: tampoco el pasado está cerrado. El pasado, de hecho, no es lo que ha acaecido de una vez por todas, un mero dato inerte que el hombre puede estudiar como si fuese un puro objeto. Al contrario, es interpretación eternamente cambiante. El tiempo histórico, lo vamos viendo poco a poco, asume un carácter tridimensional, esférico, estando caracterizado por interpretaciones del pasado, compromisos en la actualidad y proyectos para el porvenir eternamente en movimiento. El origen mítico acaba proyectándose en el futuro, en función eversiva con respecto a la actualidad. Las distintas perspectivas que brotan de ello acaban chocando dando vida al conflicto epocal.

El conflicto epocal

El “conflicto epocal” se da por el choque de dos tendencias antagónicas. Ya se ha dicho cuales son las tendencias de nuestra época: igualitarismo y sobrehumanismo. Toda tendencia atraviesa tres fases: la mítica (en la que surge una nueva visión del mundo de manera todavía instintiva, como sentimiento del mundo no racionalizado y, por tanto, como unidad de los contrarios), la ideológica (en la que la tendencia, habiéndose afirmado históricamente, comienza a reflexionar sobre sí misma y, entonces, se divide en diferentes ideologías contrapuestas entre sí) y la autocrítica o sintética (en la que la tendencia toma nota de su división ideológica y trata de recrear artificialmente la propia unidad originaria). Y si el igualitarismo (hoy en fase “sintética”) es la tendencia histórica dominante desde hace dos mil años, la primera expresión “mítica” del sobrehumanismo ha de buscarse en los movimientos fascistas europeos.

El fascismo, para Locchi, no puede ser comprendido más que a la luz de la “predicación sobrehumanista” de Nietzsche y Wagner (6) y de la “vulgarización” que de tales tesis llevaron a cabo los intelectuales de la Revolución Conservadora (que, por tanto, deja de ser una entidad “inocente”, abstractamente separada de sus realizaciones prácticas, tal y como quisiera cierto neoderchismo débil). Por tanto, el fascismo como expresión política del Nuevo Mito que apareció en el siglo XIX en algún lugar entre Bayreuth y Sils Maria. Entonces, algo nuevo. Pero, wagnerianamente, algo antiguo también.

El fascismo, de hecho, representa también la plena asunción del “residuo” pagano que el cristianismo no logró borrar y que ha sobrevivido en el inconsciente colectivo europeo. Un fenómeno revolucionario, en definitiva, que se reconoce en un pasado lo más ancestral y arcaico posible, proyectándolo en el futuro para subvertir el presente. El objetivo, de larga duración, es hacer que la *Weltanschauung* cristiana “retroceda más allá del umbral de la memoria”, derramando significados nuevos en los significantes viejos de matriz bíblica, tal y como originariamente el cristianismo “falsificó” los términos paganos para canalizar la propia visión del mundo en un lenguaje que no resultase incomprensible a las

gentes europeas. Es el proyecto que el *Parsifal* wagneriano expresa con la fórmula “redimir al redentor” (7).

El mal americano

Pero la primera tentativa de actuar concretamente en la historia por parte de la tendencia sobrehumanista, como sabemos, desembocó en la derrota militar europea de 1945. Una derrota que puso al viejo continente entre las fauces de la tenaza construida en Yalta. En aquel periodo, está bien recordarlo, demasiados herederos del mundo que salió derrotado de la segunda guerra mundial pensaron en renovar su militancia sosteniendo uno de los dos brazos de la tenaza a expensas del otro, anhelando un Occidente “blanco” que no podía ser otra cosa que la “tierra del anochecer” (*Abend-land*) en la que ver el crepúsculo de toda esperanza de renacimiento europeo. Eligieron, aquellos “fascistas” viejos o nuevos, la táctica del “mal menor”, que, como se sabe, no es otra que la táctica del “tonto útil” vista... por el tonto útil.

En este contexto, será precisamente Locchi (no sólo, ni el primero: sólo hay que pensar en Jean Thiriart) quien denuncie las insidias del “mal americano”. Y *El mal americano* (*Il male americano*) es también el título de un libro que salió de un artículo aparecido en *Nouvelle Ecole* en 1975 con la firma de Robert de Herte y Hans-Jürgen Negra, pseudónimos respectivamente de Alain de Benoist y del mismo Locchi. Tal texto contribuirá de manera decisiva a depurar el corpus doctrinal de la Nueva Derecha de toda sugestión occidentalista. Por lo demás, los dos autores provocarán un cortocircuito en la lógica de los bloques citando una frase de Jean Cau: “En el orden de los colonialismos, es ante todo no siendo americanos hoy, como no seremos rusos mañana”. Hay una gran sabiduría en todo esto. En *Il male americano* América es descrita más en su ideología implícita, en su *way of life*, que en su praxis criminal. Una ideología hecha de moralismo puritano, de desprecio por toda idea de política, tradición o autoridad, de mentalidad utilitarista, de conformismo y ausencia de estilo, de odio freudiano contra Europa. Lo que especialmente interesa a los autores es la influencia de la *Biblia* en la mentalidad colectiva estadounidense, sin la cual serían inconcebibles los delirios neocon de la actual administración. Y además – el recuerdo del 68 estaba todavía caliente- no falta el repetido énfasis de la sustancial convergencia entre la contestación izquierdista y los mitos del otro lado del Atlántico. Nueva York como capital del neo-marxismo: basta con esto para distinguir el texto del Locchi/ de Benoist de las denuncias “progresistas” de los varios Noam Chomsky (aunque, por supuesto, también estos tienen su función).

La tierra de los hijos

Pero “el mal americano” es sobre todo un mal de Europa. Hoy que la guerra fría ha terminado ya y al orden de Yalta le ha sucedido el feroz solipsismo armado de un

pseudoimperio fanático y usurero, nos damos cuenta de ello más que nunca. Europa: el gran enfermo de la historia contemporánea. Pero también una idea-fuerza, un mito, un retorno a los orígenes que es proyecto de porvenir, como proclama la lógica del tiempo esférico.

En este sentido, las referencias a la aventura indoeuropea o al *Imperium* romano, a las polis griegas más que al medievo gibelino sirven como materia prima a partir de la cual forjar algo nuevo, algo que no se ha visto nunca. “Si se quiere hablar de Europa, proyectar una Europa, es preciso pensar en Europa como en algo que nunca ha sido, algo cuyo sentido y cuya identidad han de ser inventados. Europa no ha sido y no puede ser una ‘patria’, una ‘tierra de los padres’, ésta solamente puede ser proyectada, para decirlo como Nietzsche, como ‘tierra de los hijos’ (8). Si tiene que haber nostalgia, entonces que sea “nostalgia del porvenir”, como en el (extrañamente feliz) eslogan del MSI de hace ya años. Este mundo que cree en el fin de la historia quizás está asistiendo simplemente al fin de su propia historia. Después de todo, nada está escrito. ¿Nos hundiremos también nosotros en las pútridas ruinas de esta decadencia iluminada con luces de neón? ¿O tendremos la fuerza para forjar nuestro destino a través de la institución de un “nuevo inicio”? Lo decidirá tan sólo la solidez de nuestra fidelidad, la profundidad de nuestra acción, la tenacidad de nuestra voluntad.

Notas:

(1) Stefano Vaj, Introduzione a Giorgio Locchi, *Espressione e repressione del principio sovrumano* (La esencia del fascismo). Entre los intelectuales influenciados por Locchi recordamos, además del propio Vaj, todo el núcleo fundador de la Nouvelle Droite de los años 70/80, desde De Benoist a Faye, pasando por Steuckers, Vial, Krebs, pero también Gennaro Malgieri y Annalisa Terranova, hoy en AN. Ideas locchianas aparecen también en tiempos recientes en Giovanni Damiano y Francesco Boco. No podemos dejar de citar, además, a Paolo Isotta, crítico musical del *Corriere della Sera* (¡!), a quien Maurizio Carbona logró convencer para que redactara un entusiasta ensayo introductorio al libro sobre Nietzsche y Wagner y que últimamente (véase la siguiente nota) ha vuelto a citar a Locchi precisamente en las columnas del mayor diario italiano.

(2) Paolo Isotta, “La Rivoluzione di Wagner”, en *Il Corriere della Sera* del 4/4/05.

(3) Hay que decir, además, que entre los papeles que Locchi dejó, se encuentra diverso material inédito, entre el cual está un ensayo sobre Martin Heidegger probable y desafortunadamente destinado a no ver nunca la luz.

(4) De Wagner, Nietzsche e il mito sovrumano.

(5) Ibidem.

(6) Por otra parte, gran mérito de Locchi es el hecho de haber redescubierto las potencialidades revolucionarias de la obra wagneriana en un ambiente que continuaba

pensando en el compositor alemán desde la perspectiva de la doble “excomuni3n” nietzscheana y evoliana.

(7) Los Indoeuropeos, la filosofa griega, la Konservative Revolution, el fascismo, Europa: el lector atento habra vislumbrado, detras de referencias semejantes, la sombra pujante de Adriano Romualdi. Y sin embargo, increiblemente, Locchi desarroll3 su pensamiento de manera completamente aut3noma de Romualdi. Es m3s, ser3 s3lo gracias a algunos j3venes italianos que fueron a visitarle a Par3s como el fil3sofo conocer3 la obra del joven pensador que muri3 prematuramente. Sin dejar de subrayar la objetiva convergencia de perspectivas. Al respecto, v3ase La esencia del fascismo como fen3meno europeo. Conferencia-Homenaje a Adriano Romualdi, que reproduce un discurso de Locchi pronunciado precisamente en honor del llorado autor de Julius Evola: el hombre y la obra.

(8) De L’Europa: non 3 eredit3 ma missione futura.

TIERRA Y PUEBLO

«Un Mito presupone siempre la existencia de Hombres que, m3s all3 del lenguaje en el discurso, sepan comprenderlo»

Giorgio Locchi, fil3sofo, music3logo y periodista; activista y militante identitario italiano, europeo; Compa3ero de la Bella Estrella. 1923-1992 e. c.

<http://libros-prohibidos8.blogspot.com/>